

Secretos de ayer

Mentiras de hoy

-Segunda parte-

Secretos de ayer

Mentiras de hoy

-Segunda parte-

Charli Farinha Toni

www.elbolsotricolor.com

Portada: Aitzane Amaro

ISBN: 9798647078193

Sello: Independently published

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual
Comunidad de Madrid, España.

Todos los derechos reservados.

La piratería será perseguida de acuerdo a la legislación vigente. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, (informático, transformación, plagio, distribución, fotocopia o comunicación de cualquier forma, ya sea por métodos electrónicos, mecánico o por registro) sin el permiso previo y por escrito de Charli Farinha Toni.

A mis padres: Adelcia y Carlos

Prólogo

Los hermanos se han unido por un objetivo que desean cumplir y no sólo por el vínculo de sangre que los une.

Celina, de forma sorprendente, se recupera, aunque busca una nueva vida, la cual no es aceptada ni compartida por sus hermanos ni por el Ñato.

La Argentina no ha tratado bien al Ñato, y él, cansado de la situación de siempre, quiere probar suerte en el Viejo Mundo.

Christian, quien perdura casi al margen de la nueva realidad, se preocupa por los hechos, pero no se compromete como lo están haciendo sus hermanos.

Agustín y José, siempre vanguardistas, optan por sorprender al mundo con una decisión y resulta que los primeros asombrados son ellos.

Daniela se termina encontrando con personas que no esperaba y que serán el vínculo que necesitan para efectuar la venganza.

Los hermanos llegan a la conclusión que no es suficiente con la muerte, sino que quieren acabar con la raíz de cada posible resurrección.

Secretos... Segunda parte es la historia de la represalia que emprende una familia dolida, herida y destruida, con ánimos de hacer justicia, aunque sea por mano propia.

**Esta es una obra de ficción íntegramente producto de
mí imaginación.**

**Los lugares, nombres, hechos, marcas e historias son el
resultado de mi inventiva y existen en mi mente y en
este libro.**

Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.

Madrid - España

La entrada de la clínica Nueva Vida que se emplaza como un monstruo dormido en la zona de la M605 y M40 se exhibe solitaria desde la distancia.

Las rejas del recinto, altas y fuertes, al igual que infinidad de cámaras de seguridad, dan una impresión equivocada del sitio.

El día lúgubre y ceniciento envuelve al edificio, y una sensación de soledad acapara cada espacio en el que se detiene la vista.

Celina, desesperada, da vueltas en la cama como si alguien estuviese jugando con ella y suda tanto como si estuviese en una sauna.

La agitación de la joven es creciente y la respiración sin control, indican que su descanso no está siendo más que una ilusión.

Ella parece luchar con una fuerza superior que la quiere doblegar aunque no permite que la dominen y lucha por su libertad.

Uno de los tantos movimientos que hace en ese estado inconsciente la despierta de la cama y se golpea en distintas partes, entre ellas, en la cabeza.

De pronto, todo se calma, como si alguien hubiese desactivado un circuito. El silencio intranquilo cubre la estancia como preludio de algo que va a pasar.

Las penumbras del área desdibujan los escasos muebles que hay en esa habitación y ella, poco a poco, va recuperando el control sobre su persona.

¡Papá!, —susurra, su voz suena extraña y el eco se extiende.

¡Ahhhhhhh! ¡Mamá! ¡Marcos! No se vayan. No se

vayan... No. No me dejen sola, por favor. Sí. Yo te amo. Mi hijo. ¡Mi hijo! ¿Dónde estás?

Celina, con dificultad, se pone de pie y trata de orientarse aunque las penumbras la confunden y el equilibrio de su cuerpo no es más que un espejismo.

¡Ahhhhhhh!

El llanto viene a visitarla y se deja caer en la cama pero, al no estimar bien las distancias, su cabeza vuelve a ser golpeada, esta vez con el respaldo.

¡Ahhhhhhh! ¡Ahhhhhhh! ¡Ahhhhhhh!

A pesar del dolor y la confusión que no le permiten razonar, reprime el llanto, abre los ojos desmesuradamente y se pone en pie.

¡Ahhhhhhh!

Entonces, se vuelve a golpear, esta vez con la intención de hacerse daño, contra la pared y a los pocos segundos pierde la conciencia y cae desmayada.

Pasan varios minutos hasta que despierta y empieza a temblar. La respiración se le acelera, aun así se encoge sobre sí misma y procura minimizar los movimientos.

Otra vez pierde la noción del tiempo y busca algo a tientas como si la vida se le fuese en ello. Cuando encuentra el interruptor de luz de la veladora, lo activa.

Al haber luz en la habitación lo primero que repara es en la fotografía que descansa sobre la mesita de noche de su hermano mellizo Christian y de su sobrino Bruno.

La imagen impacta tanto en ella que se le humedecen los ojos y siente que ha perdido todas sus fuerzas de nuevo. La saliva que traga se le hace espesa.

Sueños, —musita—. Sueños... Son sólo sueños. Nada más que sueños.

Vuelve a tragar saliva, sacude la cabeza y pone toda la atención en la imagen.

Avenida 9 de Julio, —dice con la voz contenida—. ¡Putá! ¡Vodka.! El vodka, mi amigo... Mi gran amigo, mi aliado. ¡Cómo te echo de menos!

De repente, arroja violentamente el cuadro sobre el suelo que se desmigaja en miles de trocitos y ella queda desolada mirando los restos.

Morir. Muerte. Mi hijo. ¿Qué hago?

Como si se tratase de un ritual se pone de rodillas entre los vidrios del cuadro y un torrente de lágrimas llega sin que las pueda controlar.

¡¡¡Nooooooooooooo!!!!, —grita con todas sus fuerzas—. ¡¡¡Nooooooooooooo!!!

El sonido hace eco en las paredes como una macabra revelación en el instante en el que se abre la puerta y se enciende la luz del techo.

Un médico de grandes ojos asustados se detiene en la puerta y comienza a respirar hondo mientras evalúa el panorama.

¡¡¡Ahhhhhhh!!!, —vuelve a gritar como si la estuviesen golpeando—. ¡¡¡Nooooooooooooo!!! ¡Por favor, no!

Celina, al descubrir la presencia del profesional, se cubre el rostro con las manos, trata de calmar su respiración y empieza a sollozar.

—Estoy bien, —dice de pronto.

El hombre cierra la puerta y se acerca. Sus ojos se desvían de los vidrios rotos del suelo a Celina que le evita el contacto visual.

—Estoy bien, —vuelve a decir.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—No sé.

—¿Y esto...?, —pregunta mientras señala los vidrios desmigajados.

—No sé. ¿Puedo irme?

—¿Dónde?

—A mi casa.

—Celina... ¿Estás segura de lo que estás diciendo?

Ella asiente lentamente.

—Celina...

—¿Qué?

El doctor niega con la cabeza.

—No es la hora.

—Sé que estoy bien, doctor. Lo sé.

—¿Por qué dices que lo sabes?

—Porque lo sé. No sé cómo, pero lo sé. Ahora...

Ahora sólo quiero una cosa. Nada más que una cosa.

—¿De verdad? ¿Qué?

A Celina se le intensifica la mirada y el médico no es ajeno a ese detalle.

—Estoy bien, doctor.

—¿Estás segura?

—Ahora sólo quiero una cosa.

—¿Qué? ¿Irte?

Ella niega con la cabeza y le mira firme.

—Venganza.

—¿Qué?

—Sólo quiero venganza, doctor. Sólo necesito venganza. ¿Me entiende?

—No creo.

—Ya estoy bien. ¿Puedo irme?

El hombre niega con la cabeza.

—Me iré. Me iré y me vengaré de todos los responsables que me han dejado aquí.

El médico frunce el ceño.

—Tú aún no estás bien, Celina. Estás delirando.

—No. No estoy delirando. Estoy bien. Ya estoy bien. Me iré y me vengaré de todos los responsables de las desgracias de mi vida.

—Celina, debes descansar. Te hará bien.

—No. Lo que yo quiero y necesito es otra cosa.

—Sí, debes descansar.

—No se equivoque.

—Celina...

—Lo que yo necesito y quiero es vengarme... Yo no debería estar aquí. Yo nunca debí haber pisado este sitio. ¿Lo entiende?

El profesional contiene el aliento.

—Alguien es responsable de todo lo que me ha pasado y ahora va a pagar por cada cosa que ha hecho. Ahora es mi momento.

—Tranquila. Por tu bien, tranquila. Ahora enviaré a alguien para que limpie y tú, mientras tanto, te puedes acostar.

—Yo estoy tranquila, doctor. Y lo estaré más cuando mi sed de venganza se haya saciado. Alguien es responsable de todo lo que me ha pasado...

—Tranquila.

—Y ese alguien debe pagar sí o sí. ¿Me entiende?

—Aun así, debes descansar. Si realmente estás bien entenderás que eso es lo mejor para ti.

Ella suspira.

Costa Atlántica Uruguay - Shangrilá

El amanecer se presenta ventoso y aún predominan los vivos colores de la aurora que obligan al ojo humano a contemplarlo.

Las aguas inquietas del Atlántico golpean sobre la costa y algunas aves emprenden el vuelo mientras aprecian la panorámica que les ofrece su perspectiva.

La naturaleza se aprecia en todo su esplendor desde la pintoresca cabaña que se confunde con el paisaje y se esconde entre rocas y dunas.

Las ventanas, tan grandes como las puertas, el techo en varias aguas y la madera y el acero son la combinación perfecta para presumir de una casa en la costa.

El patio del fondo es amplio y varias plantas autóctonas ocupan un sitio relevante en él. Además, una mesa con cuatro sillas luce en el centro.

Daniela permanece absorta en sus cosas, ajena a las vistas que le ofrece su vivienda e indiferente al paraíso que la rodea, sentada en un rincón del suelo del patio.

El graznido de una gaviota la quita de su abstracción y dirige la mirada apagada hacia arriba donde el sol quiere vencer a una nube.

¡Primavera!, —se dice—. ¡Putra primavera!

Imprime una amarga mueca en el rostro y vuelve a quedar pensativa.

Otoño en España, —se sigue diciendo—. ¡Dios! ¡Es un mundo loco! ¡Cuántas cosas han pasado! Y, ¿cuántas cosas quedan por pasar?

No sé. Creo que me estoy volviendo loca que ahora hasta hablo sola. Esto no tiene buena pinta y no me gusta sentirme así.

•

David acaba de despertar y permanece en la cama mirando hacia el ventanal que inunda de luz la habitación ya que las persianas y cortinas están abiertas. Luego que pasan varios minutos, pesado se para, como si realmente estuviese cansado, y estira las extremidades. Después se dirige al salón.

Él, que solamente viste la ropa interior, detiene la vista en una bermuda que yace en el suelo, al lado del sofá. También mira una botella de ron casi vacía en la mesita de centro y dos vasos sucios al lado de una hielera.

El hombre continúa avanzando hasta que descubre que la puerta que comunica con el patio trasero está abierta. Enarca las cejas y se dirige hacia ahí.

Ahí encuentra a su pareja sentada en un rincón, como si se estuviese escondiendo de algo. La mirada interrogante de él no le da ninguna respuesta.

Luego de varios minutos el español se sienta a su lado y mira en la misma dirección que ella, como si quisiese conectar plenamente con el universo.

En silencio permanecen mucho tiempo, incluso da la impresión que cada uno está sin la compañía del otro mientras el viento sigue imponiendo su presencia.

—Hoy es un día especial en el Uruguay, —rompe el silencio la uruguaya.

Ella mira al español y descubre que recién está saliendo de una especie de trance.

—¿Decías?, —y exhibe una sonrisa.

—Que hoy es un día especial en el Uruguay.

—¿Por qué?

—Hoy es el Día del Estudiante.

—Ah.

—Más tarde vamos a ir a Montevideo y ahí vas a ver la movida que hay.

Daniela se muerde el labio, un tic que conserva desde que era niña.

—Hoy comienza el otoño, —comenta David con tono de nostalgia.

—En España, sí.

Daniela asiente brevemente.

—Aquí empieza la primavera. Y nosotros siempre celebramos el Día del Estudiante.

David dibuja una mueca y Daniela no le da mayor importancia. Luego él se para y clava los ojos en el océano que está a unos cien metros.

—¿Por qué te levantaste tan pronto?

Daniela regresa la vista al agua.

—Tuve un sueño...

Ella sacude la cabeza y él frunce el ceño.

—No sé, —agrega luego—. Era raro... Era todo muy raro... Desperté a las seis y diez y, como tenía miedo de volver a soñar lo mismo, me levanté.

—¿Y se puede saber qué soñaste?

—Soñé con papá, con mamá... Era raro, pero... Pero yo... No sé. Yo tenía miedo. Papá y mamá nunca me inspiraron miedo y yo tenía miedo.

—Tranquila. Los sueños no son más que sueños.

—No sé...

—¿Por qué lo dices?

—Ahora estaba pensando en todo lo que pasó, David. Son muchas cosas... Pensé... Pienso... A veces creo que me estoy volviendo loca.

A la tristeza que exhibe ahora Daniela solo le falta el llanto el cual la amenaza enérgico y David desvía la vista de ella hacia el horizonte.

—¿A ti qué te pasa?

Él traga saliva.

—Yo sigo pensando en que no fue buena idea el hecho de venimos a tu país. Aquí veo... Es como que estamos aislados de todo. No tenemos un lugar para ir y todas esas cosas...

Echo de menos España. Yo, bueno, cuando vine pensé que esto sería distinto... Sin embargo, esto así, tanta naturaleza no es para mí. No sé...

—No es tan así, David. ¿Y cómo que no tenemos un lugar para ir?

—Dani, tú ya sabes a lo que me refiero. Esto no es Madrid y yo estoy acostumbrado a una ciudad grande como Madrid. Me gusta Madrid. Me encanta.

—No llevamos ni un año aquí. Como se dice, recién nos estamos instalando... Aún no tenemos una rutina. Ya verás cómo cambias de opinión cuando pase el tiempo...

Necesitas conocer cosas todavía, salir a otras partes... Ya verás cómo te termina gustando... No puedes negar que esto es un paraíso...

—Dani. Tú no me estás entendiendo... Nosotros hemos venido aquí, sobre todo, para alejarnos de las drogas, ¿no?

Porque mi trabajo bien sabes que me da igual. Sin embargo, seguimos igual que antes. Nada cambió respecto a las drogas desde que hemos llegado.

—David, a ver... ¿Cuánto hace que hemos llegado? ¿Unos meses recién? Tampoco es tanto tiempo. Uno tarda en adaptarse a los sitios.

Yo me acuerdo que cuando fuimos a vivir a Madrid, tardé como un año, un año y pico en acostumbrarme. Date, dame una oportunidad.

—No, no, no. Yo no pienso estar aquí un año ni de coña. ¿Un año y medio hasta que me acostumbre? No. Yo te quiero a ti pero no quiero hacer nada de esto...

Mi vida se tiene que desarrollar en España y en Madrid está el centro neurálgico de mi vida. Ahí sí yo estoy cómodo y tú lo sabes bien.

—Al menos un tiempo vamos a quedarnos, ¿no? Por favor, no te cierres tanto desde el comienzo.

—No es fácil. No se me está haciendo nada fácil.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Y lo siento.

Él niega con la cabeza y la mira detenidamente, abre la boca aunque ningún sonido exterioriza.

—Al menos un tiempo vamos a quedarnos, por favor.

—Uf, aun no entiendo por qué huimos de Europa...

—Tú lo has dicho: huimos. Fue decisión de los dos.

•

La brisa fresca impone su presencia y ninguna nube dificulta la luz del sol; ella es suficiente para obligar a los ciudadanos a arrojarse en los lugares exteriores.

La capital de España se presenta concurrida y bulliciosa y las mareas humanas arman y desarman figuras extrañas que son difíciles de clasificar.

En la vivienda de las calles San Bernardo y Los Reyes las cortinas permanecen abiertas y no le dan importancia al ruido que se filtra desde afuera.

Agustín y José, aparentemente tranquilos y relajados, recostados en el *chaise longue* del salón, no exteriorizan el torrente de cosas que se les pasa por la cabeza.

El televisor encendido sólo es un accesorio que no afecta el estado mental ni la templanza que cada uno presenta exteriormente.

—Siempre que la veo me deja hecho mierda, — rompe el silencio Agustín, como si estuviese siguiendo el hilo de una plática pasada.

¡Y me revienta verla así! No se lo merece. Sé que es una buena piba y no se merece estar pasando por todo ese infierno. Es muy, muy injusto.

—Y, ¿por qué no hablas? No sé... Quizás haya alguien que pueda acelerar su proceso de mejora. Al fin y al cabo, lo que ella necesita es que recupere la cordura, ¿no?

—¿Qué quieres decir con eso? No te entiendo.

—Escucha, Agus, ayer estuve mirando en internet por el caso de Celina, precisamente, y me he enterado de cosas que, quizás, la podrían ayudar.

Agustín le mira firme.

—¿Sí? ¿Qué?

—Ella necesita recuperar la cordura, ¿no? Eso puede suceder espontáneamente de un momento para el otro y ese momento quizás no lleguen nunca...

Agustín sujeta el resuello.

—O también está el método de la hipnosis que es un proceso complejo y no muy recomendable... De hecho, la mayoría de los médicos no lo recomiendan...

—¡Mierda! ¿Entonces...?

—Bueno, también está la posibilidad de recibir un golpe...

—¿Un golpe?

—Sí, es peligroso y los médicos tampoco lo suelen recomendar aunque, bueno... Em, yo por ayudar a alguien soy capaz de cualquier cosa...

Agustín clava los ojos en un rincón del techo y queda pensativo.

—No sé qué decirte, —agrega luego—. Yo sólo quiero que se recupere de una vez por todas. Es mi hermana y la quiero ayudar de la manera que sea.

—Te entiendo. Yo también haría cualquier cosa por mis hermanos.

—Yo recuerdo que el médico nos dijo que sólo el tiempo nos puede dar la solución y eso puede significar que pase el resto de la vida así.

Y la verdad es que no me gusta tener esa perspectiva para ella. Es muy joven todavía, es guapa y tiene toda la vida por delante.

¡La verdad es que me da por el forro de los huevos que por todo lo que ha pasado ahora también tenga que estar encerrada en un manicomio!

—Es como todo... Hay médicos que no nos dicen las reales posibilidades de curación de una persona y así no comprometen su reputación profesional.

Hay métodos simples y polémicos que no siempre se pueden usar con todo el mundo... Quizás, el doctor Limón que la trata sea de la vieja escuela.

—Puede ser, —musita el charrúa.

—¿Qué te parece si le echas un vistazo a la web para ver si hay algo que la pueda ayudar?

—Sí, lo haré. Claro que lo haré.

Cada uno queda enfrascado en sus reflexiones y los minutos vuelven a pasar veloces.

—Agus, —rompe el silencio José—, ¿tú quieres efectivamente recuperar a esos hermanos?

El charrúa le busca la vista y su pareja no le rechaza.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Agus, sé que son tus hermanos pero... Bueno, en realidad, nadie los conoce objetivamente. No quisiera que te llevases una decepción.

¿No sé si me entiendes lo que te quiero decir? Tal vez sea mejor que abras un poco los ojos antes de actuar y que no te precipites con nada...

—José, son mis hermanos.

Agustín traga saliva.

—No creo que haya algo raro en ellos. Sé que no se puede conocer a alguien en dos días, pero... al menos debo darles una oportunidad, ¿no?

—Sí. Eso sí. Pero lo que te digo es... Bueno, tampoco te crees grandes ilusiones porque... ya sabes, ¿no? No me gustaría que te llevases una decepción.

—Hay veces que pienso en eso y... lo que hicieron mis viejos fue, en realidad, por la culpa de algún hijo de puta. Sí, de un hijo de puta.

Si no fuese por ese hijo de puta, mis viejos estarían vivos. Todos estaríamos juntos y nunca habríamos estado separados. Nada habría pasado.

José le observa y empieza a asentir discreto.

—Es verdad lo que tú dices.

El semblante de Agustín se ha ensombrecido.

—¿A qué quieres llegar, Agus?

—Ojo por ojo... diente por diente, —dice el rioplatense con los dientes apretados.

—¿Estás seguro... de lo que dices?

—Tan seguro como que me llamo Agustín Ferrari Toni. Y... Y acabo de convencerme de que no puedo quedarme con los brazos cruzados. No y no.

—¿Perdón?

—La muerte de mis viejos y de mi hermano no puede quedar así, impune, sin que nadie pague. Sin que nadie haga algo. Esto no va a quedar así.

Agustín menea la cabeza.

—Voy a vengar sus muertes. Sí, lo voy a hacer. De la manera que sea voy a vengar sus muertes porque nadie merece vivir tan injustamente como mis padres. José le mira asustado. Agustín le corresponde la vista y su pareja comienza a negar con la cabeza. El uruguayo le sonrío y el español continúa serio.

—Sí. Es buena idea. Este mundo da vueltas. Da muchas vueltas. Veremos qué es lo que pasa, ¿no? Ahora el poder lo tengo yo.

—Agus, no me gusta la mirada que has puesto... Nunca te había visto de esa manera.

Agustín le busca la vista, José se estremece y en silencio persisten varios minutos.

—No, —agrega—. Nada debe ser un error. Yo no puedo quedarme así... Sin más. Sin hacer nada. Algo haré. La pregunta es qué.

—Agus...

—Algo se me tiene que ocurrir... Debo calmar mi conciencia y estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de lograrlo. Lo que sea. Sí, lo que sea.

José, una vez más, le observa cauteloso y traga saliva, incómodo.

•

Ahora hay lejanas nubes en el cielo madrileño y los turistas y residentes habituales se mezclan en los mismos sitios con distintos objetivos.

De a poco llega la noche y son menos los que resisten a las atracciones que ofrece la capital de España, sobre todo la zona céntrica que está abarrotada de gente.

Las luces del alumbrado público se encienden como soldaditos obedientes que no tienen posibilidad de elegir y el aire fresco no ahuyenta a los caminantes.

En el inmueble de la avenida de Asturias y calle Bascones Christian y Laura yacen recostados en la cama, vestidos, con la ventana casi cerrada.

—Mira, voy a ir a verla aunque no creo que haya habido ninguna mejora. Si no, el médico me hubiese avisado.

Laura asiente.

—No te haces idea de cómo me jode que ella esté así. Si... Si ella siempre fue más fuerte que yo. Si no fuese por ella, yo creo que no hubiese sobrevivido.

Es muy injusto que ahora esté ahí... No se lo merece de ninguna manera y yo no veo posibilidad de ayudarla. ¡Ay!, Celi, Celi...

—No sé qué decirte, Chris. Se me hace todo tan raro que...

El mellizo imprime una mueca.

—Anoche soñé con ella.

Christian clava la vista en su novia.

—Fue todo tan raro que... Nunca había tenido ese tipo de sueños con nadie y resulta que anoche estuve soñando con ella.

—¿Qué pasa? Desde que la mencionaste no te veo bien. ¿Qué fue lo que soñaste, Laura?

—Fue extraño.

—¿Por qué?

—Porque yo sabía que estaba soñando y, a pesar de que sabía que estaba soñando, no podía hacer nada para detener lo que estaba pasando...

Y lo más importante, yo no podía detener todo lo que se iba a hacer... Hoy me levanté con una sensación extraña y todavía me siento rara...

—Bueno, si no te hace bien hablar de eso, tampoco te lo voy a exigir.

—No es eso...

Ella expulsa aire con fuerza.

—¿Entonces? ¿Qué se estaba formando? ¿Qué no podías detener?

—Entre tus hermanos y tú había algo que yo no podía detener. Entre tus hermanos y tú estaban planificando algo así como una represalia.

Querían vengar la muerte de tus padres y tú... Y tú llegabas a hacer cosas muy locas... Yo quería detenerte de alguna manera y no podía.

Además, había... Había un sentimiento de venganza que se apoderaba de ti en el que yo llegaba a tenerte miedo, Chris... No sé. La verdad es que no sé.

Él traga saliva.

—No tengas miedo, Laura. Fue un sueño... Fue eso. Nada más que un sueño.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—No te veo muy convencido de lo que dices.

—Bueno... como entenderás no es fácil nada de lo que ha pasado...

El hombre meneaba la cabeza.

—Mis padres están muertos. Marcos también. Celina en un manicomio. Razones para vengarnos nos sobran, ¿no? Pero...

—No son buenas las venganzas.

—Tampoco es bueno todo lo que perdimos. Tampoco es bueno todo lo que tuvimos que pasar por la decisión de un hijo de puta.

—Lo sé. Y siento mucho que haya pasado todo eso.

—No fue tu culpa y no voy a cerrarme herméticamente si es para hacer justicia.

—No saldrás bien parado.

—Da igual. Al menos, así, callaría el reclamo constante que hay en mi interior.

—Piénsatelo muy bien antes de hacer algo.

—¡Ufff!

Él se cubre el rostro con las manos.

—¿Qué piensas?, —pregunta ella.

—No sé.

Ella frunce el ceño.

—Chris...

—Lo siento.

—¿Qué pasa?

—Creo que hasta que cierre esta etapa definitivamente, no estaré tranquilo.

—Vaya.

—Lo siento.

Montevideo - Uruguay

La primavera marca fuerte su presencia y la tarde se presenta soleada donde las mangas cortas y las gafas oscuras son indumentarias obligadas de los ciudadanos. Mucha gente ha salido de sus *madrigueras* y pasean mansos por la capital uruguaya como si ese fuese el único día del año que habrá así.

Los primeros colores de la estación se imponen y lucen vigorosos en parques y jardines que incitan al ojo humano a contemplar el renacimiento de las plantas.

—Sí, mira esto, —indica Daniela.

Daniela y David miran el panorama desde el Mercado de los Artesanos donde una abundante masa de jóvenes despreocupados retoza, sobre todo, en el suelo.

La plaza Cagancha es un hervidero de gente donde el humo de cigarrillo y de otras sustancias invade una importante franja de ese espacio público.

Una primera impresión da la sensación de que hemos regresado a la década de los sesenta donde la desgana y el amor libre era el lema de mucha gente.

—David, —dice Daniela mientras pasea la vista por la redonda—, desde que tengo uso de razón, esto no ha cambiado prácticamente nada.

No. Al contrario. ¡Esto es alucinante! ¡Me encanta este ambiente! Por suerte esto se sigue manteniendo igual todos los años...

—Ya.

—Yo me acuerdo que, en mi época de estudiante, andaba como siempre con mis ropas *punk* y algún pitillo encima... ¡Uf, qué tiempos aquellos!

De hecho, fue en un día del estudiante cuando probé mi primer porro. Sí, me acuerdo bien que fue el veintiuno de septiembre del dos mil uno.

—O sea, dentro de lo que cabe, tienes buenos recuerdos de esa etapa.

—Yo, si no fuese por la actitud tan enceguecida que han tenido mis padres desde siempre, en realidad, no debería quejarme de la vida. No. Para nada.

Es como que siempre hice la mía, lo que quería y el resto me sudaba la polla. Ahora, viendo este panorama, es como que volviese en el tiempo...

Ella sonrío.

—Es increíble cómo pasa el tiempo. Creo que esta costumbre viene de Buenos Aires. Buenos Aires es una de las capitales que siempre he tenido de referencia.

David asiente manso.

—Esto sí que es diferente a España. Y no tengo claro si me gusta... Cuando vinimos, tú ya me habías dicho cómo serían las cosas aquí, pero, no sé.

Creo que imaginé algo diferente. No esto... Hay cosas que sí se parecen a Madrid, pero... Pero no. Esto es, sinceramente, otro mundo y no me cabe duda.

Ambos quedan abstraídos observando el panorama que tienen ante sus ojos.

—Para este día ya se han hecho montones de canciones, —comenta Daniela mientras mira a una joven que se enciende un porro—. O bien sólo aluden a este día o toda la letra está dedicada a lo que se celebra.

—Ya.

David traga saliva.

—¿Cuánto tiempo has estado viviendo en Madrid?

—A ver... Nosotros fuimos en julio o agosto del dos mil tres, o sea... casi ocho años. Sí, casi ocho años.

—A pesar de todos esos años que has vivido en España, aún mantienes muchos recuerdos que te llenan de nostalgia de este país, ¿no?

—Es que, cuando nos fuimos, nosotros éramos unos niños. Si bien me hacía ilusión cambiar de vida, no es lo que hubiese elegido por voluntad propia. David entrecierra un instante los ojos.

—Sinceramente, a mí sí me gustaría volver a Madrid.

—Al menos, dame un poco de tiempo. No hace mucho que llegamos.

—Dani, sea como sea, hoy en día, no sé qué hacemos aquí... Insisto. Creo que fue un error haber venido.

—Emmm...

—¿Me entiendes? Quizás estoy siendo egoísta y pensando sólo en mí, pero... Pero creo que estaríamos mejor viviendo en Madrid.

—Sólo te pido que nos quedemos, por lo menos, hasta que pase el día de Reyes. Luego veremos cómo se desarrollan las cosas.

—¡Ufff!

David la mira y ella le corresponde, para luego echar un vistazo a sus aledaños donde parece haber, cada vez, más gente y el rumor constante que les rodea crece.

•

Agustín está sentado sobre el suelo del dormitorio de su casa, con la ventana abierta, a pesar de que el día no sea el mejor aliado.

Hay importantes nubarrones que oscurecen la capital como si la estuviesen engullendo y el viento que ruge racheado potencia el aspecto sombrío de la ciudad.

El joven no deja de tragar saliva sin cesar y mantener el llanto a raya mientras lee una carta. A pesar de todo le es insostenible evitar una lágrima que se le escapa.

Cierra los ojos y recuerda la sonrisa de Manuel y Camila en diferentes entornos y, de pronto, el llanto le visita como si fuese un asesino que estuviese al acecho.

De repente, el viento entra con fuerza en su cuarto y tampoco le hace caso. Mientras, José, nulo y resignado, le observa en silencio desde el marco de la puerta.

Finalmente, luego de varios minutos de silencio, José ingresa en la morada y se sienta en el borde de la cama, frente a Agustín.

El español trata de buscar la mirada a su pareja, aunque no tiene éxito. Entonces, apenado, recorre la alcoba con los ojos.

—Otra vez... ¿Por qué?, —rompe el silencio José.

Agustín, luego de varios segundos, trata de dibujar una sonrisa aunque no tiene suerte.

—¿Qué te está pasando, Agus? Me tienes preocupado con todo lo que te está sucediendo.

Agustín menea la cabeza quedamente. De nuevo el silencio cae con todo su peso y el montevideano sigue sumergido en su mundo interior.

Pasan varios minutos para que Agustín se ponga de pie y se dirija como un poseso a la terraza. José le mira, abre la boca aunque ningún sonido exterioriza.

Las nubes, cada vez más abundantes, son más oscuras y pareciesen que, a medida de que pasan los minutos, estuviesen más cerca de los edificios altos.

Entonces, deja la vista perdida en ese cielo oscuro que envuelve la ciudad. Los transeúntes caminan deprisa, abrigados, huyendo de ese día amenazante.

Incluso, ahora el viento está acompañado por una molesta llovizna, aunque todos estos detalles traen sin cuidado al rioplatense.

José se acerca a su lado mansamente y se pone a mirar en la misma dirección que su pareja. Así dejan que pasen los minutos.

A ninguno de los dos les importa estar humedeciéndose, aunque el español, de vez en cuando, le echa detenidas miradas a su chico, quien persiste indiferente a todo.

—Agus, no es bueno que estés todos los días con lo mismo. Y lo sabes bien. No quisiera que te pase nada malo. Me tienes preocupado.

El charrúa le mira lento, como si realmente le costase hacerlo y hace una mueca. Luego echa un vistazo alrededor y regresa los ojos a su pareja.

—José, por suerte a ti nunca te pasó nada parecido. Ni te va a pasar. Eso es lo que pasa y creo que por eso no puedes entenderme y...

—No es eso...

—No es tu culpa lo que me pasa, ni lo que pasó. No. No lo es. Pero, pero estos días yo... no dejo de pensar. No sé por qué, pero no dejo de pensar.

Se cubre los ojos con las manos.

—Me puse a recordar y a pensar en qué hubiera pasado si yo hubiese hecho una cosa o la otra y... ¿Me entiendes lo que te quiero decir?

Es como que la culpa se ha apoderado de mí. Creo que es eso lo que me pasa. No es fácil lo que estoy sintiendo ni todo lo que pienso...

Ahora hay una voz en mi interior que debo callar. Pero no puedo. No... Me doy cuenta de que, cada vez, me grita con más ganas, ¡con más fuerza, José!

—Calma, Agus.

—Y yo ya no sé qué hacer. La verdad es que ya no sé qué más hacer para callarla... ni si es correcto que la quiera callar.

Lo único que tengo claro es que la culpa me está matando... La culpa, la muy hija de puta, lo único que hace, a cuentagotas, poco a poco, me está matando.

Y yo no sé qué hacer para defenderme. No tengo armas para defenderme y más cuando miro alrededor y veo tanto dolor, tantas pérdidas... No puede quedar así. De nuevo el silencio se interpone y cada uno deja la vista perdida en el mismo punto de la calle donde sólo oyen los sonidos de la metrópoli.

—No sé qué decirte. Lo que sí sé, es que si sigues así, no vas por buen camino... Y tú sabes que no estoy equivocado en lo que te estoy diciendo.

—El tiempo dirá...

Menea suave la cabeza y pestañea varias veces.

—Al fin y al cabo el tiempo es el que tiene todas las respuestas.

—Sí, lo sé. Pero no me gusta lo que empecé a ver en tus ojos.

—Tranquilo.

—¿Seguro?

•

El día sigue avanzando perezoso y el tiempo amenazante no quiere dar ninguna tregua a la capital de España, y continúa exhibiéndose ceniciento y apagado.

A lo lejos, la clínica de rehabilitación mental Nueva Vida parece un edificio que fue puesto en ese sitio por casualidad.

Christian, mientras trata de controlar los sentimientos y emociones, se muerde constantemente las uñas y evita el contacto visual con el médico.

Los separa la mesa del escritorio y el profesional de abundante pelo oscuro y dientes parejos, consciente de lo que le sucede, le concede el sosiego que necesita.

—Entonces, esto no me queda claro. Lo que me está diciendo es que... ¿ella ya estaría curada, doctor?

—Bueno...

—Se me hace raro porque vine el domingo último y ella seguía igual al primer día. Y ahora esto... No sé, se me hace raro.

—Bueno, no te tomes literalmente las cosas que te he dicho. Tranquilo.

El doctor Limón resopla discreto.

—Ha pasado algo muy extraño no solamente anoche. Tú la has visto antes de hoy, el domingo, ¿no?

El uruguayo asiente.

—Pues desde ese mismo domingo a la noche ella viene con unos síntomas que indican que la mejora se está materializando.

—¿Por qué?

—Bueno, aún no existe científico alguno en este mundo que pueda asegurar que conoce plenamente las facetas de la mente humana.

Christian asiente.

—Y, ¿por qué no me habían avisado nada?

—Christian, sé la historia del desencadenante de todo el problema de Celina. Quisimos ser prudentes y esperar unos días... Simplemente, no quise precipitarme.

—Entiendo.

—Pero ahora que has venido... Ella ha preguntado más de una vez por ti, por su sobrino Bruno y por Laura. Es más, ahora está aparte y nosotros queremos comprobar que esa mejora es real y permanente.

—¡No sabe lo que significa para mí realmente que Celina vuelva a ser la misma de antes, doctor! ¡Esa sí que sería una gran noticia para todos!

El doctor asiente y le vuelve a buscar la vista al mellizo.

—Ella hoy se irá contigo pero, escúchame bien: no puede estar sola.

—Vale.

—O, mejor dicho, lo que debemos evitar es que piense demasiado y para ello nada mejor que esté acompañada y con gente que le hable...

Siempre, por lo menos estos días siguientes, es necesario que alguien le hable cosas, continuamente, para que no piense en el pasado.

—Oh, Dios.

—Tranquilo.

Christian menea la cabeza.

—¿Pasa algo que yo no sepa...?

—La verdad es que tenemos planeado un viaje que, desde que pasó esto, lo venimos postergando...

—¿Sí?

—Ajá. A mí hijo le quiero llevar unos días a Disney... Ella nos podría acompañar, ¿no? De hecho, antes de que pasara esto, habíamos arreglado todo para que ella fuese también con nosotros.

—Christian, me parece necesario que les acompañe. Ese viaje le puede hacer muy bien.

—¿De verdad?

—Sí, yo creo que sí.

—Bien. Bien. Me alegro que las cosas se empiecen a solucionar...

El montevidiano trata de pensar veloz aunque no lo consigue como otras veces.

—Y ¿qué debo hacer en caso que haya alguna recaída o retroceso? Porque me imagino que...

—Tranquilo, calma. En primer lugar no vamos a precipitar los acontecimientos porque no es bueno para ella ni para nadie. ¿Vale? En segundo lugar, ustedes, ¿cuándo se irían?

—Bueno, ya hace casi un año que lo estamos postergando y...

El médico lee una ficha y vuelve a buscar la vista del mellizo.

—Lo que haremos será lo siguiente: ahora ella se irá contigo así ya se va adecuando a la realidad y vamos viendo su comportamiento.

—Vale.

—Tú trata de mantenerme informado por cada cambio que vaya habiendo. Lo que sea, por más que te pueda parecer irrelevante, dímelo.

—Vale.

—Avísame, sobre todo, si hay recaídas o retrocesos. No importa la hora. Estoy siendo literal con todo lo que te estoy contando... ¿Me sigues?

—Ajá.

—Además, ya tienes mi móvil personal y no tengas ningún reparo en llamarme a la hora que sea, incluso si es de madrugada. ¿Vale?

De todas maneras, yo te llamaré unas dos veces al día para ver cómo sigue y, a través de mensajes, también nos mantendremos informados.

—Vale.

—¡Ah!, una cosa muy importante. Que, al menos, en estos primeros días que esté contigo, no tenga ningún contacto con el pasado.

—Jo.

—O sea, nada de fotografías, de personas que pudieron haber incurrido en su enfermedad, nada de cartas... Todo lo que la pueda hacer pensar en el pasado que desaparezca.

—¡Uf!

—En fin, en lo posible, que viva rodeada de gente, de ruido, de cosas superficiales, pero que no piense nada que la haga volver en el pasado.

—Es un poco difícil lo que me está pidiendo, pero trataré de seguir sus consejos al pie de la letra. Ahora voy a llamar a mi novia para que vaya quitando cosas...

—Sí, por el bien de tu hermana, hazlo. Ella es muy joven todavía y todos queremos que se recupere.

—De eso no me cabe ninguna duda, doctor.

—Ayúdame a ayudarla, por favor.

El mellizo asiente.

—Sí, claro que lo haré.

•

La jornada sigue presentándose apagada y sin vida. Aun así los ciudadanos ocupan las calles como si se tratara de un día claro de primavera.

Sentado sobre la alfombra y con la espalda apoyada en el sofá grande, Agustín trata de esquivar la mirada de José, que está enfrente, en un sofá individual.

—No dejo de pensar, ni de pensar, ni de pensar y no se me ocurre nada.

—Agus, no te obsesiones.

—No me estoy obsesionando. ¡Yo tengo claro que no puedo quedarme con los brazos cruzados! Algo se me va a ocurrir... Algo se me tiene que ocurrir.

—Bien sabes que no es bueno que alimentes ese tipo de sentimientos. Va a llegar un día en el que no hagas una cosa ni otra...

Agustín aguanta el respiro.

—Sé que ha sido y que sigue siendo un golpe muy duro para ti, pero no es bueno esos sentimientos que estás alimentando. Por favor, no te obsesiones.

El uruguayo le mira.

—¡José, ponte en mi lugar! ¡Entiéndeme, por favor! No pido que me apoyes, sino que me entiendas simplemente... ¿Es mucho lo que te pido?

—No sé si decirte que son cosas de la vida o qué... Pero me preocupa verte así, Agus.

—Ya no sé qué hacer. Te juro que ya no sé qué hacer para quitarme esta voz cansina que me reclama constantemente que haga algo...

—Por favor, no quiero que te obsesiones... No quiero que dejes de vivir... Yo quiero lo mejor para ti y lo que ahora quieres y sientes no es bueno.

Yo quiero tener a mi lado al tío guapo y agradable que conocí... No a éste... en el que te estás convirtiendo ahora. ¿Me entiendes?

—Lo sé, José. Lo sé. Pero... es como te dije... No puedo quedarme con los brazos cruzados. Son muchas cosas que han pasado. ¡Me han quitado a mis padres y a mi hermano de una! No... No puedo seguir así...

—Sólo quiero que, por lo que sientes ahora, no dejes de vivir, por favor. ¿Es mucho lo que te pido?

—José, sé que esto es pasajero... Sé que esto, una vez que haya habido justicia, nunca volverá. No... Nunca. Tiempo. El tiempo es el que tiene todas las respuestas.

—No sé qué hacer para ayudarte.

José suspira.

—Si supiera cómo ayudarte, lo haría. Quiero recuperar a mi chico agradable y risueño con el que decidí compartir mi vida.

—Tranquilo. Esto es pasajero.

—Tengo miedo por ti.

—No hay razones para preocuparse.

—No sé. Con todo lo que les ha pasado yo no estoy seguro con nada.

•

En el hemisferio sur, en cuanto a climatología, se vislumbra la cara opuesta de la que exhibe la capital de España, y Montevideo se presenta claro y bullicioso.

Daniela, sentada en el suelo contra un monumento de la plaza Independencia, con las rodillas altas y las manos en el cuello, da la sensación que estuviese en penitencia. David, a su lado, mira hacia la avenida 18 de Julio, dando la espalda a la plaza, aunque Daniela no le aparta la vista de encima.

Es mucha la gente que por la zona pasea, hace fotografías y observa las cosas más emblemáticas que ofrece ese punto de la metrópoli.

También hay algunos policías, los cuales suspenden la mirada en determinadas personas, aunque a nadie logran amedrentar.

Es tanto el movimiento de anónimos tan heterogéneos entre sí que no se sabría si sentirse seguro en esa muchedumbre o todo lo contrario.

Uno de los tantos transeúntes que pululan la franja destaca al ser bastante alto, rubio, de ojos azules y con la mirada tan fría como penetrante.

Tiziano tiene más de cuarenta años, viste casi formal y expulsa humo con su cigarrillo mientras va paseando la vista por rostros aparentemente al azar.

Él se acerca al mismo monumento en el que está Daniela y comienza a observar a los policías como si se tratase de los desechos de la ciudad.

Los trabajadores miran aburridos en varias direcciones, y a él, precisamente, no le dan importancia. De vez en cuando, se comentan cosas entre ellos.

Daniela acaba de encenderse un porro mientras David se pone los auriculares del MP3, y se mueve al ritmo de la música, aun así, nadie le hace caso.

De pronto, como si cada paso que fuese a dar estuviese planeado, Tiziano empieza a mirar a Daniela, pero ella sigue en su mundo, ignorando qué sucede alrededor.

Él se sienta a su lado y ella, que sigue ajena a lo que pasa, continúa inmersa en sus cosas, al igual que David que no repara que un extraño se siente al lado de ella.

—¿Dónde consigues los porros, querida?, — pregunta él con un destacado acento extranjero.

Ella ni se inmuta por sus palabras y él hace un gesto de fastidio donde exhibe una repugnante mueca. Enseguida

Tiziano hace el intento de quitarle el porro y, es en ese instante, en el que la joven le fulmina con los ojos.

No obstante, el hombre no le rechaza la vista. Ella siente un escalofrío que la estremece y pasan varios segundos para recuperar el control de sí misma.

—Te pregunté dónde consigues los porros, querida.

—Emmm...

—¿Me has oído?

Ella baja la mirada y de nuevo trata de sumergirse en su mundo. Él echa una ojeada cerca y se asombra cuando descubre que la joven se para y se aleja de su lado.

Daniela se detiene al lado de David y Tiziano no los pierde de vista. La saliva que traga se le hace inmundicia cuando ella le comenta algo a su pareja en voz baja.

Cuando David mira en la dirección que le indica ella se asombra ya que en ese punto no hay nadie. Empero, echan un vistazo por la zona y no obtienen lo deseado.

—Esto se me hace raro, —expone ella—. No puede ser que haya desaparecido.

—Bueno, con toda la gente que hay... Es fácil que se haya mezclado con la multitud.

—No sé, —musita ella.

La pareja estanca la vista en la avenida 18 de Julio donde el tránsito es estresante. Los ruidos de los motores y las bocinas se mezclan y funden en uno.

David mira los auriculares y, aunque tiene intención de volver a ponérselos, una mirada de su chica es suficiente para que desista.

—¡Qué raro ese tipo!

—¿Quién piensas que es?

—Bueno, pensé que era un ATA... o algo de eso...

—¿Qué es eso?

—Una especie de pitufo inmune a casi todo.

—Am.

—¡Yo he visto cada cosa que me parece increíble que pasen algunas cosas de esas en un Estado de Derecho! Por eso te digo eso...

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Me preguntó dónde consigo los porros.

—¿Nada más?

—No.

—Debe de ser algún nuevo proveedor que está buscando clientes.

—No. No creo. Con esa pinta.... Es más, creo que es tano...

—¿Por qué lo dices, Dani?

—Por el acento... Pero, no sé. Hay algo en su mirada que se me hace familiar. Algo... No sé qué, pero sé que hay algo...

—¿De qué estás hablando?

—Me dio miedo, David.

—Debes de estar flipando, Dani.

—No. Sé que no se trata nada de eso. Lo sé.

—Dani, no te olvides que te acabas de fumar un porro. Otro más.

—No me jodas, David. Eso no es.

Ella sacude la cabeza, indignada, y dirige la vista al frente.

—Lo que sí sé es que hay algo en él que no me convence. Hay algo de él que no me cierra. Si no fuese porque sentí miedo... No te hubiese dicho nada.

—Deben de ser cosas tuyas, Dani.

—Ojalá...

- Insisto, te acabas de fumar un porro.
- Ojalá que sea eso lo que me pasa.
- ¿Qué otra cosa podría ser?
- Eso es lo que me gustaría saber.
- No te sugestionas.
- No lo hago, soy realista, que es distinto.



Las horas siguen pasando y el otoño vino para quedarse en la península Ibérica que ha sorprendido a todos, y varios se resisten a que el verano se haya ido.

En Madrid el día sigue siendo gris y apagado, los abrigos largos se mezclan con chaquetas finas e, incluso, con mangas cortas de turistas del norte de Europa.

En uno de los dormitorios de la vivienda de la zona de Ventilla, la de la avenida de Asturias y calle Bascones Celina está sentada en la cama sin hacer, con los ojos hinchados y el pelo revuelto.

Ella viste un amplio camisón claro y, a veces, mira el montón de pañuelos desechables usados a su lado. Su hermano permanece en la silla sin intimidarla.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—No sé.

—El médico me recalcó que no puedo separarme de tu lado en ningún momento.

—No exageres, Chris. Ya estoy bien. Sé que ya estoy bien. Lo que me pasó, bueno... pasó. Es parte de la vida y a mí me tocó perder.

—El médico me dijo que evitara hacerte pensar en el pasado y, por supuesto, que no hablaras de él por nada del mundo.

—Chris, de verdad te lo digo. Me conozco y sé que estoy bien. Lo sé. Quédate tranquilo porque ya estoy bien.

—Creo que tengo miedo.

—Tranquilo.

—No quiero que tengas ninguna recaída. Sólo quiero que estés bien y que te cures completamente.

—Tranquilo.

—Necesito recuperar a mi hermana con la cual he compartido tantas y tantas cosas. Necesito que te recuperes, así me recupero yo.

—Chris, ya sé que pasamos por muchas cosas tú y yo. Sé que no hemos tenido un camino fácil y también sé que yo ya estoy bien.

Lo que pasó, bueno... No es fácil ni grato para nadie. No sé quién salió peor parado de los que quedamos en este mundo pero está...

Mi mente se saturó y no lo veo fuera de lugar ni nada de eso lo que me ha pasado. Pero ya estoy bien, Chris. De verdad, ya estoy bien.

—No es necesario que te engañes.

—No me estoy engañando, Chris. ¡Uf! Reconozco que no es fácil que... que sólo con cerrar los ojos se me viene a la cabeza todo lo malo y está.

Estando ahí dentro entendí bien lo que había pasado realmente. Tuve mucho tiempo para pensar y buscar la causa de cada cosa.

Él frunce el ceño.

—Sé que no fue mi culpa. Tampoco la de Marcos y, a pesar de todo, nuestros padres fueron víctimas. Que quizás hubiesen evitado todo esto en caso de hablar... Sí, claro que sí.

—Ajá.

—Bueno... Como te darás cuenta estoy cuerda y son muchas cosas las que se han juntado a la vez y eso fue el desencadenante de mi problema.

Él asiente levemente.

—Sin embargo, si hay que poner nombre a algún culpable de todas, pero de todas nuestras desgracias, ese es Caruzzo. Ese es el maldito viejo Caruzzo.

Christian enarca las cejas.

—Si hay algún culpable de todo lo que nos ha pasado desde que hemos nacido, Chris, ese es Caruzzo, y no otro. Y ese es el que debe pagar realmente.

El mellizo domina el resuello.

—Por Caruzzo fue que nosotros pasamos todo lo que pasamos y después perdimos los viejos... y a Marcos. Y yo perdí la cordura... ¿Me entiendes?

Ella se resuena la nariz con un pañuelo de papel y suspira.

—Yo estuve pensando bastante ahí dentro y... Y a la conclusión que llegué es que no quiero ni puedo quedarme con los brazos cruzados como si nada hubiese pasado.

—¿Pero...?

—Chris, no hay peros ni justificación para todo lo que enfrentamos tú y yo. No hay miedo ni cobardía. Ahora sólo existe una cosa en mi mente y en mi corazón.

—No me gusta escucharte así.

—Chris. Me estaría traicionando a mí misma si no hago nada. No puedo quedarme así... Si hay algún culpable, ese es Caruzzo.

El famoso Caruzzo ¡maldito hijo de puta, malnacido, error de la naturaleza! Ése es el que tiene que pagar por todo. Ése es el que debe pagar y pagará.

—¿Qué quieres decir... exactamente, Celi?

—Me conoces bien como para preguntar eso. Ya sabes a lo que me refiero en lo que te hablo. Ojo por ojo... diente por diente. Eso es lo más justo, ¿no? Literal.

—Por eso te lo digo, Celi. Como te conozco, no quisiera que se nos vaya la vida en algo así. Ya con todo lo que pasamos...

—No me quedaré con los brazos cruzados. Es más, voy a llamar a Agustín porque me gustaría hablar con él de muchas cosas, entre ellas de esto.

—Ay, Celi.

—Él nunca me quiso ver ahí. Eso lo tengo más que claro y me lo hizo saber de mil maneras. ¡No te haces idea de cómo sentía su impotencia cuando iba!

Cada vez que iba a visitarme me decía lo mismo: que soy una diosa, que la naturaleza se ensañó conmigo porque le robé la belleza al resto de las mujeres.

Sonríe de forma nostálgica y menea la cabeza.

—¡Es un artista! ¡Es un gran artista! Y de eso tampoco me cabe duda.

—Algo de eso sabía...

—Sí, lo es. Me gustaría hablar tantas cosas con él.
El mellizo baja la vista.

—Son muchas cosas las que tenemos que contarnos. Toda la vida la tenemos que compartir. ¡Dios, debo encaminar de nuevo mi vida!

—Hay cosas que es mejor dejarlas en el pasado, que es el mejor lugar donde pueden estar.

—¿Te das cuenta, Chris? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? No puedes hacer como si nada hubiese pasado porque no es así.

—Celi...

—Aquí pasaron muchas cosas las cuales nos afectaron de forma directa y no podemos permanecer impasibles ante la realidad que nos golpea con saña.

Él abre la boca pero no dice nada.

—De la noche a la mañana pasamos a ser una familia numerosa. Chris, ¿sabes lo que significa eso verdaderamente?

¡Qué puta ha sido esta vida con nosotros! Más lo pienso y más bronca siento por todo... Hay veces que ni quiero mirar atrás, pero...

—Tranquila.

—¿Qué es lo que me queda del pasado? Bruno, tú y... No importa. Sé que tú también quieres vengarte por lo que pasó. Lo sé, aunque no lo admitas, sé que es así.

Christian baja la mirada mientras Celina echa un vistazo por la habitación.

—Debemos mirar hacia adelante. Sólo hacia el futuro. Nada más que hacia el porvenir que es el sitio en el que está nuestro camino.

—¿Seguro?

—No, pero no hay más remedio que mirar al frente y dejar el pasado atrás, enterrado que es el sitio que le corresponde.

—Es verdad todo lo que estás diciendo.

—Ajá.

—No obstante, por lo menos yo, para seguir adelante, debo cerrar mi pasado y, para eso, necesito hacer justicia.

Aunque sea con mis propias manos necesito hacer justicia y no me importa el sacrificio que deba hacer con tal de lograr mi objetivo.

—¿Realmente es necesario, Celi?

—Sí. ¿Te cabe alguna duda?

—No es eso...

—Piensa por un minuto en la ciudad de Buenos Aires y ahí puede estar la razón que te haga abrir los ojos de una vez por todas.

—No sé.

—No sé qué es lo que pretendes ni por qué ahora estás tan cerrado cuando tú la pasaste tan mal como yo. No te entiendo, Chris.

•

Es un día claro, con una suave brisa y la temperatura supera ya los veinte grados dando a los residentes y turistas una sensación agradable.

Daniela, viste *short* claro, camiseta de tirantes y persiste descalza, se encuentra sentada con las piernas cruzadas, en el sillón grande del salón de su cabaña.

Mientras habla por teléfono puede apreciar el océano Atlántico desde el ventanal el cual le permite una visual privilegiada.

—Sí, —afirma—, fuimos a Montevideo y estuvimos dando vueltas. Le mostré a David cómo se celebra el día del estudiante y eso... Pero, cuéntame de ti, Agus. ¿Cómo van tus cosas?

A más de diez mil kilómetros de distancia las condiciones climáticas no son benévolas y a las bajas temperaturas hay que combatir de varias formas.

La manera que encontró Agustín es recostándose en el sofá grande del salón vistiendo pijama y calcetines, mientras una manta cubre parte de sus piernas.

—A decir verdad es raro cómo me siento, Dani.

—Sí, ¿por qué? Yo también me siento rara...

—¿Por...?

—Tengo una mezcla de sentimientos muy grandes ahora. Al estar sola con David, no sé, es como que la cabeza nunca para y bueno...

He estado pensando estos días en lo que nos pasó y no... Hay cosas que no me cierran. Sinceramente veo que ha sido todo muy injusto...

—Yo también. Siento rabia por todo lo que nos pasó. Mucha. Me parece de lo más injusto cada cosa y mire por donde se le mire, fue injusto.

Quiero muchas cosas a la vez y nada... Cada vez tengo más ganas de que alguien pague por lo que pasó. No sé cómo explicar qué siento, pero me siento extraño.

—Agus, ¿y a quién le vas a hacer pagar? Por más que le busques la vuelta, no tenemos nada. Y ahí estamos entre la espada y la pared.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo, Dani? No te olvides que tenemos un apellido, también tenemos una nacionalidad, un par de ojos azules y una profesión. Bueno, sea como sea es una profesión, ¿no?

—No te entiendo. ¿De qué estás hablando?

—He estado releendo montones de veces la carta que papá y mamá nos dejaron, tanto que me la sé de memoria.

Y los dos ponen énfasis al apellido: Caruzzo, a la nacionalidad: italiana, unos ojos azules y fríos como si estuviesen programados, y una profesión: narcos.

A Daniela se le cruza la mirada de Tiziano en la plaza Independencia y se agita. Se sumerge en su mundo interior y no se da cuenta de que su hermano le habla.

—¿Dani? ¿Dani? ¡¿Estás ahí?! ¡¿Dani?!

—Sí. Perdona. Me distraje un poco.

—¿En qué estás pensando?

A ella, de nuevo, se le cruza la mirada de Tiziano.

—¡¿Dani?! ¡¿Dani?! ¡¿Dani?!

Él queda atento por si su hermana dice algo.

—¡Dani, ¿qué te pasa?! ¡¿Dani?!

—Agus... Hoy me pasó algo extraño...

—¿Qué?

—Cuando estaba en la plaza Independencia fumando un porrito, se sentó un tipo a mi lado y tenía los ojos claros. Muy claros. Celestes o azules. No sé bien.

Pero su mirada era tan fría que me hizo estremecer. La verdad es que me dio miedo y me dejó una sensación extraña...

—¿En serio? ¿Y hablaron?

—Me preguntó dónde conseguía los porros.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Nada. La verdad es que me dejó bloqueada. Estuve un ratito ahí y me fui con David que estaba cerca.

—¡Qué raro! ¿Cómo era su mirada exactamente?

—Tal cual como te la dije: los ojos celestes o azules. No lo sé bien, pero la mirada tan penetrante como si me fulminase.

—Joder.

—Vi mucha frialdad en esos ojos. Me dio miedo. Ya sabes cómo soy con esos casos, ¿no? Pero la mirada de ese tipo me produjo auténtico miedo.

—No sé qué decirte...

—¡Ah! Y otra cosa importante.

—¿Qué?

—El tipo es extranjero, no sé si italiano, pero que es extranjero, es seguro. ¿Qué piensas que es, Agus?

—La verdad es que no sé, pero... es demasiada casualidad para darse este tipo de coincidencias, ¿no? Algo raro existe.

—Ajá.

—Hay cosas que siguen saliendo a la luz de forma inesperada y nosotros deberíamos de estar preparados para todo lo que pueda surgir.

—Ajá.

—Yo quiero hacer algo, Dani, respecto a alguna represalia porque no puedo permitirme el lujo de quedar con los brazos cruzados.

Ha corrido mucha sangre. Bastante al margen quedé de todo y ya lo pudimos comprobar que de nada sirve callar y más cuando tanto hemos perdido.

—Agus...

—Si yo hubiese hablado a tiempo, no estaríamos hablando de esto ahora. De ahora en más ya no me voy callar ni voy a permitir que sigan pasando desgracias.

El mundo es muy grande o muy pequeño, según se lo quiera ver. Y todo puede cambiar repentinamente, incluso de la noche a la mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora nosotros somos los perdedores... y ahora debemos hacer hasta lo imposible para dar vuelta la tortilla.

—No sé qué decirte aunque sé que tienes razón y lo que quieras hacer, ya sabes que cuentas conmigo.

—Algo se me va a ocurrir, Dani. Sí, algo se me tiene que ocurrir y no tendremos ninguna piedad como no la han tenido con nosotros.

•

Los transeúntes caminan veloces por las calles madrileñas mientras el sol quiere hacerse un hueco en esa manta de nubes.

La vida sigue su curso natural de las cosas y parece que hay una pausa en los eventos que están tramando las mentes subconscientes de los hermanos.

En el salón del inmueble de la zona de Ventilla, Bruno y Celina están sentados en el sofá grande. Ella se muestra ansiosa y divertida mientras observa a su sobrino.

Sobre la mesita de centro, frente al niño, hay una bandeja con galletitas y bollería industrial y una taza enorme de cocoa con leche.

—Tía, al final hice lo que tú me dijiste y me resultó bien.

—¿De qué estás hablando mi cielo?

Celina frunce el ceño y trata de contener la risa.

—De Tatiana. Ahora sí somos novios.

—¿En serio?

—Sí. Ayer fui a su casa y conocí a su familia.

—¿De verdad? No lo puedo creer.

En ese instante llega Christian quien, sorprendido, se los queda mirando, hasta que se sienta en el sofá que está frente a ellos.

Los hermanos sólo cruzan una mirada y el niño se enzarza con una magdalena. Cuando está con la boca llena, se encuentra con la mirada de su padre.

—¿No crees que vas un poco rápido con el tema de las novias, Bruno?

—Papá, ella me gusta y yo le gusto. ¿Qué es lo que voy a esperar? Además, sus padres son majos...

—Me alegro mucho, mi cielo, —lo alienta Celina—. Pero ahora que nos vamos, la vas a echar de menos, ¿no? ¿Has pensado en eso?

El mellizo traga saliva y trata de mantenerse impasible.

—Sí, pero yo no me puedo perder este viaje por nada del mundo. Si verdaderamente me quiere, que me espere.

Ella, discreta, le busca la mirada a Christian mientras ambos contienen la risa y Bruno aprovecha para beber un poco de cocoa con leche.

—Tía, tú vas a ir con nosotros, ¿no?

—Creo que sí.

—Nosotros, cuando estuvimos en Tenerife, te eché de menos. Laura es buena conmigo y cocina rico también, pero yo quería que estés tú también.

—Tranquilo Bruno que esta vez yo sí voy a ir con ustedes.

—Papá no quiere, pero yo quiero que tú me compres un móvil bueno, uno de esos 3G. ¿Me lo compras? Porfa... Porfa...

—¿Para qué quieres un teléfono de ese tipo?

—Eso es lo que yo le pregunto, —se apresura a intervenir el hombre—, y mira lo que me dice.

—¡Tú no entiendes nada, papá!

El niño se muestra indignado.

—Yo con un teléfono móvil de esos, hago más pinta y voy a tener a más pibas tras de mí. ¿Cuál es el problema?

—Bruno, —dice Christian con una paciencia que está llegando a su límite—. Escúchame una cosa. ¿Cuántos años tienes?

El niño abre la boca aunque no dice nada.

—Mira, recién vas a cumplir once años. ¡Ni once años tienes! Eres un niño todavía. Te falta mucho por vivir aún... Tienes toda la vida por delante como para tener un teléfono de ese tipo.

—Papá, tú no entiendes nada de la nueva generación. Y yo pertenezco a la nueva generación. No te olvides de eso. A, la, nueva, generación.

—Ya vas a tener tiempo suficiente para tener un teléfono así.

—¿Te das cuenta, tía? Papá no me entiende. ¡Papá no quiere entenderme! ¿Por qué es así? Papá se está haciendo mayor.

—No le presiones porque se puede encaprichar tanto que, al final, el teléfono lo vas a terminar comprando tú mismo, pero cuando tú estés trabajando.

—Eso no es justo.

—Termínate tu merienda porque ya me tienes bastante podrido, —le dice Christian con voz áspera.

—Va a ser mejor que hablemos de otra cosa, —interviene ella.

Bruno continúa consumiendo su merienda.

—¿Todo bien?, —pregunta Christian mientras busca la vista de la melliza.

Ella baja los ojos y asiente levemente.

—Sí. ¿Por qué?

—Ya sabes por qué te lo pregunto.

Ella suspira y mira el perfil de su sobrino.

—¿Qué le dijiste?, —pregunta ella.

—La verdad.

Christian desvía la atención de su hijo a su hermana.

—Que, —continúa él—, por el momento, no ha habido ningún cambio. Me recalco que te mantuviese vigilada y que, por cualquier cosa, le llame.

—Va a estar todo bien. Sé que estará todo bien. Quédate tranquilo porque ya tengo esa etapa superada. Él asiente.

—Yo no volveré a ese lugar. No... Estoy segura de que no lo haré. Ahora tengo cosas más importantes que hacer como para volver a ese lugar.

•

La zona de Malasaña está en auge y varios negocios están surgiendo para satisfacer al público que le gusta esa parte céntrica de Madrid.

En el bar Libra Decide que se sitúa en la calle Augusto Figueroa, José y Agustín comparten una mesa que se encuentra en un rincón y que, a su vez, una columna le brinda mayor privacidad.

Sobre la mesa los mojitos ojean a la pareja como si oyesen la plática que mantienen y la canción de fondo *Calle abajo de Abejorros* trae recuerdos al americano.

—Y, ¿quién piensas que es?, —pregunta José y está atento por cada reacción de su pareja.

—La verdad es que no sé.

Agustín bebe un trago de su copa.

—Pero no puedo creer que se haya dado ese tipo de coincidencias. Montevideo es una ciudad pequeña. Mis padres y nosotros vivimos casi toda la vida ahí y...

Con lo que pasó se me hace raro este tipo de coincidencia. Aquí debe de haber algo más. Aquí tiene que haber algo más... y a mí me gustaría saber qué es.

—No sé qué decirte, Agus. No me gustaría que te obsesiones ni que bueno... que te pase algo parecido a tu hermana.

—No. No se trata de eso. ¡Ah! Ya sé. ¡Pero Daniela fue una gilipollas!

—¿De qué estás hablando?

—El nombre. Tenemos que averiguar el nombre...

—No te entiendo.

—Que tenemos que averiguar el nombre de ese tipo como sea... De esa manera sabremos si podría haber algún nexo.

—Sé lo que estás pensando y no te aconsejo que sigas adelante con esto... No es bueno que...

—Ponte en mi lugar, José.

El español se sujeta de replicar.

—No te pido que me ayudes pero, ¿qué harías tú si estuvieses, exactamente, en el lugar en el que ahora me encuentro yo?

José resopla.

—De la noche a la mañana, de un segundo para el otro, toda mi vida y todo lo que tenía lo perdí... Todo... Todo, José. ¿Sabes lo que significa eso objetivamente?

¿Y eso se va a quedar así, como si nada, tan impunemente como tantas cosas que pasan en esta sociedad y nadie hace nada?

¿Nadie va a pagar nada por la muerte de mis padres y de mi hermano Marcos? ¡No, no y no! Yo lo perdí todo, José. Todo. Y no pienso quedarme con los brazos cruzados por nada del mundo. Ya no.

—¿Pero...?

—Es el momento de actuar, cómo, ni idea. Pero ya se nos va a ocurrir algún plan... De verdad te lo digo, no pido que me apoyes, sólo que me entiendas.

—No lo perdiste todo...

—¿Ah, no?

—Has encontrado a dos hermanos.

—Y también he perdido a un hermano de veinticuatro años de edad. Veinticuatro años, José, justo cuando empezaba a vivir como adulto. Es inaceptable.

Y perdí a mis padres. A eso es a lo que voy. Me parece muy injusto que nadie pague por eso. No me puedo quedar con los brazos cruzados.

—Ya.

—Sería como traicionarme a mí mismo y eso es lo que quiero evitar. Ya no me voy a volver a quedar con los brazos cruzados nunca más en la vida.

Si era para aprender la lección, pues sí, la aprendí. Ahora es la hora de actuar. El que sea culpable, que pague sin piedad ya que nadie la tuvo con nosotros. Ambos vuelven a beber de sus copas.

—Agus, está comprobado que la venganza nunca es buena. Alimentas un sentimiento tan grande de rechazo en ti mismo que, incluso, dejas de vivir.

Y yo no quiero eso para ti. Yo no quiero nada que te haga daño, por favor. No quiero que te obsesiones ni que tú dejes de ser tú.

El sudamericano meneaba la cabeza.

—Lo que sí tengo suficientemente claro, es que no quedaré con los brazos cruzados. Alguien tiene que pagar. Alguien debe pagar. Y sé que alguien va a pagar.

—Me asustas que hables así.

—Lo siento, pero no lo puedo evitar.

Agustín baja la vista mientras José vuelve a beber.

—Esto es transitorio, José. Todo esto... Todo lo que está pasando ahora, en realidad, es transitorio... No hay nada que temer.

—¿Seguro?

—Una vez que caigan los culpables, todo volverá a ser como antes. O sea, no te preocupes porque esto hay que finiquitarlo cuanto antes.

—No quiero que sufras, Agus.

—Eso no va a pasar.

Agustín enarca las cejas.

—¿Qué te pasa?

—Creo que deberíamos pensar más en ti y en mí.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Pues eso. Que deberíamos pensar más en nosotros...

—Sigo sin entenderte...

—Agus, cuando no quieres ver lo que tienes delante de tus ojos, eres muy cabezota. ¿Por qué eres así?

•

El fin del día es bastante ajetreado también donde es otro tipo de público el que ocupa las calles de la capital de España.

El transcurrir de caminantes es tan intenso que desplazarse con rapidez materialmente no es posible y la multitud es la que establece la velocidad.

En el bar Amistades y Nostalgia que destaca por la amplia cristalera en la que aparecen imágenes icónicas del cine del siglo veinte no hay casi gente.

Christian le esquivo la vista a su pareja y ella reprime lo que quiere decir. De todas maneras, bebe un trago de cerveza y queda con la jarrita entre las manos.

La canción *Everybody hurt* de REM potencia las emociones de cada uno y un aire melancólico les atrapa y ellos nada hacen para combatirlo.

—Veo que las cosas se empiezan a solucionar, ¿no?, —rompe el silencio la española.

Él está tan absorto en sí mismo que ni repara en su voz.

—Chris. Chris.

—Perdona. ¿Qué decías?

—Que las cosas se empiezan a solucionar.

—Ajá.

—¿En qué piensas, Chris?

—Nada, bueno... Cosas.

Por varios segundos ninguno dice nada.

—Me alegra mucho que Celina esté bien.

—Y a mí, —enseguida dice él como si hubiese estado esperando esas palabras—. ¡No te haces idea de cómo deseaba que llegase este momento!

Él resopla mientras mira a un lado.

—No puedo creer aún por todo el calvario que tuvo que pasar... y lo que le queda...

—Me imagino.

Ella bebe de su cerveza.

—Entonces, lo que deberíamos pensar, es que sólo fue un mal rato y nada más. Sé que fue producto del estrés y de todas las cosas que se le han juntado, pero tampoco podemos obsesionarnos.

El uruguayo, otra vez, se abstrae de la realidad y Laura clava los ojos en él.

—Christian, te has ido de nuevo. ¿En qué piensas? ¿Qué es lo que pasa?

Él la ignora.

—¿Qué te pasa, Chris, que parece que le estoy hablando a esta mesa?

Pesadamente, como si realmente le costase hacerlo, él exhibe sus ojos donde la expresión de desazón que tiene confunde a la mujer.

—Chris, ¿qué te pasa? ¿Dónde estás?

—No sé...

Él bebe un poco de cerveza.

—Estuve hablando con Celi y no sé... Sé que ella está bien, pero me dijo algo que me dejó con miedo. Y ahora no dejo de darle vueltas a eso.

—¿De qué estás hablando?

—Celina no se va a quedar con los brazos cruzados y la verdad es que tengo miedo con lo que está pensando... Nunca la había escuchado así...

—No te entiendo... ¿Qué es lo que quieres decir?

—Laura, Celina quiere venganza.

—¿Qué? ¿En serio lo dices?

Él asiente.

—Sí. Ella quiere vengarse del cabeza que nos hizo tanto daño... o de sus descendientes. Del que tenga sangre entre sus venas que provenga del cabecilla y, si llega a ser del cabecilla, mejor.

—Joder.

—Celina es capaz de cualquier cosa con tal de tranquilizar su conciencia. Estuvimos hablando y nunca la había visto así... Nunca la había escuchado así y...

Está decidida a hacer algo. Algo, lo que sea. Y yo no sé qué hacer. La verdad es que tengo miedo por lo que pueda pasar.

—¡Ufff! Voy a hablar con ella.

—No, —se apresura a decir el hombre—. Deja las cosas así como están porque va a ser mejor para todos. Creo que va a ser mejor que no digas nada. Ahora no.

En cambio, si es ella la que te cuenta, sí. Escúchala. Escúchala bien. Temo que nada haya acabado y eso es lo que ahora me tiene preocupado.

—Espero que estés equivocado.

—Eso es lo que me digo a cada instante, pero siempre recuerdo cada palabra de Celina y las dudas me atormentan.

—Tampoco ganas nada con preocuparte.

—Algo tengo que hacer. No sé qué, pero algo tengo que hacer.

—No me esperaba nada de esto. Aunque razones le sobran.

—Lo sé, como a mí.

•

La zona de Pocitos es una de las más selectas de la capital uruguaya y la indiferencia con el lujo se juntan para dar lugar a lo que se conoce como La Cima.

El pent-*house* que se ubica en la esquina de Juan Benito Blanco y Luis Bollo presume de elegancia y juventud, donde los colores claros y oscuros dan un aspecto futurista a la fachada.

En un enorme inmueble de auténtico esplendor donde todas las persianas están cerradas y las cámaras de seguridad registran cada movimiento, Tiziano suspira.

El teléfono le hace volver veloz a la realidad hasta que se acerca y levanta el aparato. No obstante, no dice nada y procura no hacer ningún movimiento.

—¿Papá?, —le dice una voz masculina.

—¡Ah!, —expulsa aire con fuerza—. Eres tú.

—Sí, soy yo. ¿Por qué?

Gianfranco es un joven parecido a Tiziano, quizás más alto y delgado, de unos veinte años de edad y con idénticos ojos azules.

Ahora está nervioso, mirando de un lado para el otro con el teléfono apoyado en el hombro izquierdo, mientras se retuerce los dedos, sentado en un el suelo de la piazza di Porta Capena, en Roma.

—¿Por qué no me llamas al teléfono móvil?

—Porque no me di cuenta. ¿Cuál es el problema de que te llame a este número?

—Siempre llámame al teléfono móvil... Ya sabes. Hay cosas que es preferible evitar.

—¿Qué? ¿Es posible que tengas el teléfono intervenido?

—Espero que no. Es mejor que no hablemos de nada importante por esta línea. ¿Qué quieres?

—Entonces, mejor te llamo al móvil.

—Vale.

Tiziano corta la llamada y echa un vistazo por el salón donde los sofás de color claro contrastan con el suelo oscuro.

•

El ajetreo en la zona de Malasaña no da tregua y la gente ocupa las aceras y calles como si toda la zona fuese exclusivamente peatonal.

A pesar del constante y molesto rumor exterior, la mayor parte de los sonidos no llegan a los habitantes de esos inmuebles.

En el salón de la vivienda de las calles San Bernardo y calle de Los Reyes, Agustín y Celina yacen cómodos sentados en los sofás.

Sobre la mesita de centro descansa una lata de cerveza, un vaso de refresco, un paquete sin abrir de patatas fritas y los teléfonos móviles.

—¡No lo puedo creer!, —expresa Agustín y menea la cabeza—. La verdad es que no lo puedo creer... Te veo... ¡Te veo y no lo creo! ¡Al fin una buena noticia! Ella bebe un poco de refresco.

—Cuando estaba ahí pensé mucho en cada cosa...

—Me imagino.

—Yo me di cuenta cuando empecé a recuperar la cordura, aunque no quería que nadie se diese cuenta.

—¿Por...?

—Quería, sobre todas las cosas, pensar. Más que quería, necesitaba pensar... Necesitaba pensar tranquila... y ordenar mi cabeza.

Precisaba replantearme la vida que he tenido y la vida que seguiré teniendo de ahora en más. Muchas cosas han estado presentes y...

—Y entonces, ¿qué conclusión sacaste de lo que ha pasado?

Celina le mira mientras medita lo que dirá.

—Una palabra. Sólo una.

Agustín no le aparta la vista de encima.

—¿Cuál?

—Venganza.

Agustín expulsa aire con fuerza.

—¿Por qué?

—Nada puede quedar impune.

—Comparto el mismo pensamiento que tú.

—Me cansé de tanta injusticia.

—Yo también.

—Eso ya no va a pasar de nuevo.

Agustín no deja de asentir.

—Yo he estado pensando en lo mismo, Celi.

Ella no duda en buscarle la vista.

—¿De verdad?, —pregunta titubeando.

—Sí, de verdad. Yo pienso igual que tú, Celina.

—Y, ¿tienes alguna idea qué hacer?

—Todavía no. Pero sé que algo se me va a ocurrir.

Estoy seguro de eso. Yo también vengo pensando mucho en hacer justicia.

—A mí no me deja tranquila en ningún momento el futuro.

—Celi, incluso se lo comenté a Dani y ella piensa igual que nosotros.

La melliza niega con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Yo no sé por qué, pero Christian quiere dejar las cosas así como están.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Ojalá que lo supiese. Pero dice que ya hemos sufrido demasiado él y yo como para pensar en vengarnos ahora.

—Celi, para hacer algo, todos debemos estar unidos.

—Lo sé. Déjame que de Christian me ocupo yo.
Por varios segundos se enfrascan en sus reflexiones.

—Celi, ¿estás dispuesta a hacer... lo que sea... efectivamente... en el sentido literal de la expresión?

Ella le mira firme y empieza a asentir tenue.

—Con tal de vengar tanta injusticia, sí. Lo que sea, Agus. Ya me cansé de ser la víctima con la que todo el mundo puede hacer lo que quiera... Ya no.

—Te entiendo y te apoyo.

—Ahora es diferente...

Ella entrecierra los ojos.

—Ahora soy otro tipo de mujer y no voy a quedar esperando sentada para que algún Dios, o quién sea, haga justicia mientras que unos hijos de puta le están arruinando la vida a la gente... Ya no. Todo terminó.

—No pensé que estuvieses tan decidida.

—Esto, en realidad, es sólo el inicio.

Agustín bebe un largo trago de cerveza y trata de no perderse ningún gesto de su hermana.

—Tenemos algunos elementos que los podemos empezar a explotar, —indica Agustín.

—¿Sí? ¿De qué estás hablando?

—Tenemos una carta que nos dan una serie de datos que no podemos dejar pasar por alto.

Ella le escucha con atención.

—Es verdad, —musita ella—. Tenemos que empezar por ahí.

—Es lo mismo que le comenté a Dani.

—Yo creí que no tendríamos ningún elemento...

—Sí que tenemos y ahí recurriremos.

•

La costa atlántica uruguaya a poca gente dejaría indiferente y el sitio en el que se emplaza la cabaña es

un buen refugio para aquel que quiera estar en contacto con la naturaleza a pocos kilómetros de la metrópolis.

En el horizonte los colores se mezclan unos con otros formando figuras extrañas e hipnóticas, y en el atardecer todo esto adquiere mayor protagonismo.

El rumor constante de las olas relaja a las personas y las aves, como si hubiesen esperado ese momento, arrancan silenciosas su viaje.

Desde el patio de la cabaña esto se aprecia en toda su plenitud y en más de un instante la pareja queda embelesada observando el paisaje.

—Sí, —afirma ella—, fue cuando se lo conté que caí en la cuenta de lo que me había pasado.

—Pero... ¿tú piensas que hay alguna conexión entre ellos?

—No sólo lo creo, David. Estoy segura.

—¿De verdad lo dices?

—Sí. Lo que haré, de ahora en más, es averiguar su nombre.

—¿Cómo?

—Todavía no sé.

David bebe un poco de cerveza de una lata que descansa a sus pies.

—¿Qué piensas hacer si llegas a comprobar que hay un nexo entre ellos?

—No lo sé.

Ella se muerde el labio inferior y suspende la vista en la lejanía.

—Lo que sí sé, es que no quedaré pasivamente, sin hacer nada porque esa actitud fue la que me llevó a perder a tres personas muy importantes en mi vida. Y no quiero que nada de eso vuelva a pasar.

David observa compungido el perfil de ella.

—Ten cuidado con lo que estés pensando hacer, Dani. Ten mucho cuidado.

—No tengo miedo.

—De todas maneras, que no tengas miedo no quiere decir que no tengas cuidado.

—Con todo lo que he perdido en mi vida, ya no tengo ni siquiera miedo.

Él entrecierra los ojos.

—De todas maneras, ten cuidado, Dani. No es cualquier tipo de gente la que hace ese tipo de cosas.

—Sé cuidarme, David.

—Da igual que sepas cuidarte. Con ese tipo de gente de nada sirve con que sepas cuidarte.

—Además, ya he perdido demasiado como para ahora andar con miedo.

—Yo no digo lo contrario...

—Déjame pensar en algo, un buen... Quiero armar un buen plan donde, sinceramente, pueda saborear la venganza.

—Te escucho y me produces hasta miedo, Dani.

Ella le clava los ojos y su pareja no le corresponde.

—Ten cuidado. Sólo eso te puedo decir: ten cuidado.

—No me pasará nada. Y si me pasa que no sea porque me haya quedado con los brazos cruzados.

•

Montevideo presenta importantes contrastes en cuanto a zonas y gente que vive en cada parte, facilitando, o lo contrario, en la rutina de cada uno.

El Buceo destaca por ser iluminado, limpio, con barrotes de hierro en la mayoría de las mansiones y en las primeras plantas de las torres, y tanta calma, intimidada. Las luces del alumbrado público comienzan a encenderse como soldaditos obedientes que cumplen la falsa ilusión de otorgar seguridad a la franja. El trasiego de gente es constante en toda la rambla y la línea de la República del Perú es donde hay mayor concentración de ciudadanos. Tiziano camina sosegado por ese perímetro y deja la vista en rostros al azar que simplemente le esquivan como si fuesen obstáculos inoportunos.

Mucha gente, —se dice internamente.
La sonrisa que exhibe más se asemeja a una mueca.

Sí, —continúa diciéndose—. Mucha gente. Que siga habiendo mucha gente porque yo necesito más mercado, más materia prima.

Son unas ratas miserables a las que, al fin y al cabo, les espera una cosa. No saben el error y favor que cometen solamente por existir. Oh, sí.
Otra vez sonrío y nadie le hace caso.

Se creen inteligentes, —se sigue diciendo—. Se creen dueños de sus propias vidas y no saben que ese derecho, ese privilegio está reservado para mí. Yo decido por ustedes.

Ustedes me deben obediencia y sumisión absoluta porque soy yo quien los alimenta... Sí, soy yo quien los alimenta con mi trabajo... mi noble trabajo. Ustedes son unas ratas...

La sonrisa que exhibe repentinamente da la impresión que se tratara de un cadáver el que se mueve en una película de terror.

De repente, suena su teléfono móvil y le regresa al mundo real. Verifica quien le llama, frunce el ceño hasta que acerca el aparato al rostro.

—Dime.

—Papá, tengo otro pedido pendiente, pero este es urgente.

Gianfranco camina como un poseso de un lado para el otro en el enorme salón de un chalet que, desde fuera parece una ruina, en la via delle Terme Deciane, Roma.

Sin embargo, el interior es minimalista y de auténtico lujo donde contrastan los colores oscuros del suelo, con la crema y el blanco en las paredes.

—¿Qué pasa ahora?

—Murió la reina.

Tiziano sujeta el respiro.

—¿Qué?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Dónde murió?

—Parece que la han matado. Ya sabes... Un ajuste de cuentas.

—No lo puedo creer.

—Ni yo. Y ahora su hijo necesita un trasplante de pulmón.

—¿Qué? ¿Me estás hablando en serio?

—Claro que sí. Bien sabes que yo no hago bromas de ese tipo, ni de ninguna.

Tiziano echa un vistazo a la multitud que le rodea en donde nadie voltea la vista para mirarle.

—¿Cuándo lo puedes conseguir?, —le hace volver a la realidad el italiano.

—¿Cuál es el tiempo máximo del que disponemos?

—A mí me acaban de avisar. Pero sé que en esto el tiempo juega en contra.

—Lo sé. Déjame pensar cómo lo puedo hacer y te aviso. Te vuelvo a llamar a la noche. A eso de las doce o una de ahí.

—Vale.

Gianfranco suspira.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—¿Aún sigo esperando tus órdenes para que salga el cargamento?

—No.

—¿No?

—No hagas nada hasta que yo te avise. Absolutamente nada. No pude solucionar nada todavía. Te llamo a la noche. ¿Alguna otra cosa?

—Creo que no.

—Ten cuidado. Extrema la precaución con todo.

—Sí, lo haré.

Tiziano corta la llamada y se detiene a observar a su alrededor. Deja su mirada en rostros al azar, sobre todo en niños, adolescentes y gente joven.



Madrid se presenta ajetreado de caminantes que se dirigen a diversos puntos de la ciudad. La prisa y los nervios discrepan con la lentitud y la templanza. Por la avenida de Asturias, llegando a Paseo de la Castellana, Christian es uno de los lánguidos que se desplaza a pie mientras habla por teléfono móvil.

—Sí, doctor, —dice.

Él asiente.

—No se preocupe porque ella está bien.

—Me gusta escuchar eso...

—A mí también me tiene sorprendido con la evolución que está teniendo, pero la verdad es que no he visto nada que se pueda interpretar como un estancamiento o retroceso.

—Vale. ¿Has hablado con ella directamente?

—Yo quise evitarlo, sin embargo, ha sido ella misma la que ha querido hacerlo.

—¿No ha habido ningún cambio?

—No. Nada.

—Pues bien... Esperemos que siga así.

—Ahora se está planteando otro tipo de vida incluso que, aunque yo no estoy de acuerdo, es su decisión...

—Me gustaría hablar con ella de todas maneras.

—Se lo diré.

—De todas formas, si llega a haber un cambio o algo no dudes en avisarme de inmediato.

—No se preocupe que le seguiré manteniendo informado.

—Gracias.

—Gracias a usted, doctor.



La zona del cementerio del Norte, en Montevideo, no es la más agraciada de la capital ni del país. Sin embargo, es la cuna de varios inicios.

El sitio es oscuro y está rodeado de barrios precarios y, junto a uno de los camposantos más grandes de América Latina, no es un punto de diversión precisamente.

Por las noches se convierte en un perímetro casi inaccesible, aunque hay excepciones como en todos los sectores y la inmunidad se lleva bien con la impunidad.

Tiziano inmoviliza su vehículo en la calle Bulevar Aparicio Saravia, pasado la avenida Burgues, y echa un vistazo por los aledaños.

Se escuchan ladridos lejanos y voces masculinas y femeninas en un lenguaje coloquial y basto. El hombre frunce el ceño y mira por los espejos retrovisores.

De repente, un adolescente de abundante pelo castaño, ojos claros y físico favorecido que viste con ropa humilde se paraliza en la ventanilla de su coche.

Tiziano le mantiene el contacto visual y el joven se muestra impasible. Finalmente, el hombre baja la ventanilla y aprecia que el joven es realmente apuesto.

—¿Qué estás buscando?, —le pregunta.

El hombre enarca las cejas mientras suspende los ojos en el paquete del muchacho.

—Diversión.

—Ajá.

—¿Será que la puedo conseguir contigo?

—¿Qué tipo de diversión?

—Bueno... Emmm... Un poco de todo...

—Sé más claro. No te entiendo.

—¿Eres acompañante...?

El joven vuelve a buscar el contacto visual del hombre.

—Nada es gratis en la vida.

—El dinero no es problema para mí.

—Ajá.

—Dime, ¿tienes familia?

—¿Qué? ¿Importa eso?

—Te lo pregunto porque no me gustaría tener problemas con la justicia. Ya sabes... Tú eres menor y sabes lo que significa eso, ¿no?

—¿Dónde carajo te piensas que estás?

—Emmm... No lo sé. Dímelo tú.

—¿Me estás vacilando? Tú estás en el Borro que es lo mismo que decir que estás en Tierra de nadie. De lo que pasa aquí nadie se entera.

—Ahhh.

—Yo soy de aquí y sé de lo que te hablo... Nadie se ocupa de nada ni de nadie de lo que pasa aquí, porque, simplemente, somos un estorbo para el gobierno y para la sociedad la vergüenza nacional.

—Vaya. Lo siento. No sabía. Yo sólo vine buscando un poco de diversión y resulta que me encuentro con esto...

—Aja.

—Eres muy guapo.

—Dejemos de dar vueltas.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Al decir esto abre la puerta y se introduce en el coche.

—Eres muy guapo. Supongo que tendrás unos padres muy guapos.

—No. No tengo padres.

Tiziano se hace el sorprendido.

—¿Dónde vives?

—En La Cima.

—¡Con razón la pasta no es importante para ti!

—¿Te apetece ir a mi casa?

—Ya sabes que cada cosa tiene su precio. Nada es gratis en la vida.

—Ese no es problema para mí. Ya te lo dije.

—Quiero dólares.

—Vale.

El hombre arranca el vehículo.

—Nunca te había visto por aquí, —indica el joven.

—Bueno, no suelo andar por estos lugares...

—Y es lógico eso, ¿no? ¿Qué va a hacer un tipo como tú si no es buscar un chongo para echar un polvo?

—Veo que eres bastante despabilado.

—Ajá.

Tiziano le mira de refilón.

—La calle te obliga a ser despabilado. Nadie elige serlo. Son las circunstancias que te obligan a ello.

—Buen razonamiento, aunque no lo comparto por completo.

—Piénsalo tranquilamente y luego me lo dices.

—Lo haré.

—Necesito pasta.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Todos necesitan pasta.

—Es verdad.

—El mundo se mueve por pasta y para todo es necesario. En Montevideo te cobran hasta por respirar.

—Yo no lo veo tan así.

—Lo dices porque vives en una de las zonas más pijas de la capital.

—Nadie me regaló nada.

Roma - Italia

En Europa el otoño sigue ganando terreno y las ciudades se encuentran oscuras y melancólicas, donde el viento, de vez en cuando, es un incordio mayor.

Los pocos peatones que deben ocupar las calles lo hacen amedrentados, como si fuesen huyendo de algo más que de las condiciones climáticas.

Hay un aire funesto en cada rostro que hoy ocupa los espacios exteriores de la capital de Italia que da lugar a distintas interpretaciones.

En la via Caio Cestio, frente al cementerio Protestante, Gianfranco, de pie, observa desde la entrada a una multitud que se ha concentrado a despedir un cuerpo.

Alguien no lo pierde de vista desde la distancia pero él no ha reparado. De repente, la tristeza de su rostro se potencia como si se hubiese acordado de una tragedia.

¿Qué irá a pasar de ahora en más?, —se pregunta.

Vuelve a dejar la vista en el montón de gente que despide un cuerpo en el cementerio y la saliva que traga le sabe nauseabunda.

No puede ser que la hayan matado... No. Esto es un error.

Esto es un gran error. Va a correr sangre. Va a correr mucha sangre de ahora en más y...

Y yo no quisiera estar presente para ese momento. No. Es mejor así. Y encima el hijo también... No quiero ni imaginarme la que se va a armar. Ha sido un error quitarlos del medio.

Será mejor que ni me entere. Pero... Pero, el problema, es que las represalias van a ser contra todos... Sí, contra todo el mundo y ahí nadie se va a salvar. Debo cuidarme.
Mira hacia un lado y descubre que una silueta masculina deja de mirarle mientras se retira hablando por teléfono móvil.

¿Quién es?, —se pregunta—. ¿Qué quiere?



En otra de las capitales europeas como es el caso de Madrid poco cambia la situación climática aunque los ciudadanos no se muestran tan hoscos como en Roma. El rumor constante de personas parlanchinas de distintas nacionalidades se encuentra en casi todos los rincones de la capital de España. También hay gente que prefiere los refugios interiores y personales como el inmueble en el que viven y José y Agustín que han elegido esta opción. Ahora yacen recostados en la cama. Ambos están sin camisa y Agustín fuma. Sobre la mesita de noche hay un libro, un cenicero, un cuaderno y un bolígrafo.

—El viaje le va a hacer bien, —comenta Agustín.

—Sí, yo creo que sí.

Agustín deja la vista en el cuaderno y frunce el ceño.

—Yo pensé que tardaría mucho tiempo en recuperarse o, peor incluso, que no lo haría nunca... Sin embargo, me alegro de haberme equivocado.

Me gusta que ya esté bien. Se lo merece. Pienso en todo lo que nos ha pasado y me quiero morir. La verdad es que no lo puedo creer.

—Calma.

—Cuesta asumir un pasado tan reciente que nos hizo tanto daño.

—Tampoco le des vueltas a ese asunto, Agus, porque no es bueno, y sabes que tengo razón. Las cosas pasaron y bueno... Lo digo por tu bien.

—No puedo. De verdad no puedo. Cada vez que cierro los ojos veo a papá y a mamá muertos, a Marcos muerto. Veo todo lo que tenía y ya nunca tendré.

—Agus, por favooooor.

—Esta vez, no. Ahora sí voy a hablar. Ahora sí tengo que hablar antes de que siga muriendo más gente. Es hora de actuar.

—Tranquilo, Agus. Lo que quiero evitar, sobre todas las cosas, es que te obsesiones por este tema. No quiero que empieces a vivir lleno de odio, de remordimiento, de maldad, porque eso te destruirá.

Agustín apaga el cigarrillo en el cenicero y agarra el cuaderno.

—Lo que tenga que pasar, pasará, José. Es así de simple.

—Tú lo ves simple, pero de simple tiene nada.

—Lo que tenga que pasar, pasará. Y yo no voy a ir contra la corriente para evitar que unos hijos de puta paguen por todo lo que han hecho.

—Ya.

—Es más, si yo puedo contribuir directamente para que paguen, ten seguro de que lo haré. Quiero estar en primera línea de combate.

—Yo, simplemente, no quiero verte mal. No quiero que sufras más. No quiero que tu vida se convierta en una masa de odio y venganza.

—No. En eso no me voy a convertir, José. Pero, esta vez, con los brazos cruzados tampoco quedaré. Y es como ya te dije... Sí, esto es transitorio.

—Me tienes preocupado.

Agustín le mira y José suspira.

•

Se trata de una zona acomodada y la gente camina ociosa mirando los inmuebles que se imponen ostentosos que observan al río más ancho del mundo.

Los parques y jardines públicos son cuidados con esmero dando una sensación equivocada de cómo es, realmente, la capital uruguaya.

En el salón del pent-*house* de La Cima, el joven que fue recogido frente al cementerio del Norte se acaba de duchar y ahora sólo le envuelve una toalla en la cintura.

No obstante, él se siente a gusto y no tiene reparo en sentarse en el sofá que ocupa dos paredes y parece que controlara lo que sucede en el resto de la casa.

Tiziano sonríe fascinado en el instante en el que se acerca y le comienza a sacar sangre con una jeringa. La expresión del joven es confusa pero no pone resistencia.

—Este es un trago que me enseñaron en Rusia.

—Ajá.

—Y es muy excitante... Por eso quiero beberlo contigo porque eres alguien muy especial.

—¡Tienen tantas manías los ricos que uno se podría volver loco tranquilamente!

Tiziano, cuando considera que tiene sangre suficiente, sonríe satisfecho.

—No son manías, guapo. Hay tragos que uno debe beber al lado de alguien especial y tú, precisamente, eres alguien muy especial.

—No me tomes el pelo.

—Voy a la cocina a preparar los tragos y enseguida regreso.

—Ajá.

El hombre llega a la cocina y, mientras intercala la vista entre el punto del que acaba de venir y la encimera, de inmediato pone la sangre en un tubo de ensayo y lo guarda en un bolsillo del pantalón.

Luego prepara dos vasos con vodka, hielo y un toque de arándano, y en ningún segundo pierde la sonrisa. Vuelve al salón y le entrega uno de los vasos al joven.

—¿Vives solo aquí?

—Sí. Vivía con mi pareja, pero decidió irse al extranjero.

—Ajá. ¿Y de dónde eres?

—Soy italiano.

—El euro. Allá está el euro.

—Veo que es muy importante el dinero para ti.

—La pasta es importante para sobrevivir en este mundo. Sin pasta no eres nadie.

—No estoy de acuerdo contigo.

—Lo dices porque estás podrido en pasta y nunca tuviste necesidad económica.

—No es oro todo lo que brilla.

—No, pero gilipollas no soy.

—Dime, ¿cuál es tu nombre?

—Vampiro.

—¿Vampiro? ¡Mmm! ¿Acaso eres un chupa-sangre?

El joven no se inmuta.

—Tendrás un nombre como todo el mundo, ¿no?

—No me gusta.

—Pero, ¿cuál es?

—¿Cambia en algo las cosas?

—No. Pero tengo curiosidad.

—Ajá.

Suena el timbre y Tiziano se apresura a pararse e ir a atender.

—Debe de ser la comida, —dice Tiziano mientras se encamina—. Voy a abrir.

Abre la puerta y, efectivamente, se encuentra con un chico que le entrega unos paquetes. Tiziano le entrega el tubo de ensayo junto a un billete de mil pesos.

—Mucho cuidado, —susurra.

El chico asiente y se retira. Vuelve a cerrar la puerta, regresa al salón y pone los alimentos sobre la mesita de centro.

—¿Qué te gusta hacer en la cama?

Tiziano le echa un detenido vistazo y el joven no le rechaza la mirada.

—Disfrutar. ¿Y a ti?

—Pero, ¿qué te gusta más? ¿Dar o recibir?

—Me da igual. A mí me gustan los hombres guapos como tú y yo siempre disfruto con ellos de todas las maneras.

—Pues bien. Yo soy hombre y ahora tengo hambre.

—¡A comer entonces! Te quiero con todas las energías, guapo.

—No te defraudaré.

—Sé que no lo harás.

—¿Cómo sabías que tenía hambre?

—Intuición.

—Ajá.

—¿Me vas a decir tu nombre?

—¿Para qué?

•

A pocos kilómetros del ático de Tiziano donde el silencio es interrumpido por las olas, son pocos los transeúntes que hay y Daniela mira su teléfono móvil.

La cortina del cuarto flamea y las dudas la tienen cesada. Finalmente, marca un número desde un papel que descansa en la mesita de noche y reprime un suspiro.

—Hola, —enseguida responde.

Tiziano, al oír el teléfono del joven, come otro trozo de empanada, aunque permanece atento al diálogo y evita que el joven se dé cuenta de su indiscreción.

Ambos están sin vestir en el mismo sofá del principio y el joven no tiene ningún reparo en pasearse así, de un lado para el otro mientras habla por teléfono.

—Sí, hola, —dice Daniela—. ¿Vampiro?

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Soy Dani, la del tatuaje entre los dedos.

—¡Ah!, sí. ¿La que vive en la cabaña?

—Sí, la misma.

—¿Te hace falta más?

—Sí, quiero comprar porque ya no tengo nada.

—Mira que no tengo casi ahora...

—Véndeme lo que puedas.

—Vale. Veré qué puedo hacer.

—¿Puedes ahora?

—No, ahora no. Estoy haciendo un negocio y por esta noche voy a estar ocupado.

—Vale.

—Entonces, ¿cuándo?

—Mañana.

—¿Me das un toque cuando te desocupes?

—Sí, tranquila.

—Vale, quedamos en eso. Nos vemos.

El joven corta la llamada y Tiziano sigue varios segundos en silencio como si estuviese pensando en algo importante.

—¿Qué te pasa?, —le pregunta el joven.

El hombre le mira sorprendido.

—¿Mucho trabajo?

—Se hace lo que se puede... y lo que no, se lo compra hecho. En este país, si no eres un poco de todo, te cagas de hambre.

—Sí, es verdad lo que tú dices. Y dime, ¿solamente sales con hombres?

—Mira, ya sé lo que es pasar hambre y ahora no le hago asco a nada.

—¿Qué es lo que piensas hacer en el futuro?

—¡El futuro no es otra cosa más que una verdadera mierda que no sirve para nada!

—No seas tan pesimista.

—Soy realista. De todas formas, estoy ahorrando pasta porque quiero poner mi propio negocio.

—Vaya. Empresario resulta que habías sido.

—¿Empresario, empresario? Yo no lo llamaría así. Aquí para hacer pasta no hay que ser honrado ni solidario. Cuanto más hijo puta eres, mejor te va.

Tiziano se contiene de mirarle.

—Y sino cómo me explicas todos esos ladrones que tenemos de políticos que hacen lo que les da la gana y nadie le dice nada. Vaya mierda.

Resopla con fuerza y agarra un trozo de empanada.

—Lo que voy a tener, —sigue con la boca llena—, es mi propio partido político.

—¿De verdad me lo estás diciendo?

—Ajá. Una vez leí un libro que hablaba de cómo Lula llegó a ser el presidente del Brasil y de ahí saqué la idea. Yo quiero ser el presidente de este puto país.

—No dejas de sorprenderme. Aparte de guapo, inteligente. Eres la combinación adecuada que se requiere en todos los aspectos sociales.

Tiziano traga saliva, incómodo.

—¿Qué te pasa? ¿Dije algo malo?

—No. Nada que ver. Es más, me gustó lo que acabas de decir.

—¿En serio?

—Claro. Al fin conozco a alguien con aspiraciones reales que se está tejiendo un camino para lograrlo.

—Ajá.

—Y me vas a decir tu auténtico nombre, por favor.

—Es la primera vez en la vida que me piden por favor... Y más para preguntarme el nombre.

—Simplemente tengo curiosidad.

—Ajá. Soy Jonathan Calero.

—Bonito nombre tienes. No entiendo por qué no te gusta.

—Es un nombre de pijo.

—Deberías estar orgulloso por el nombre que tienes. Va acorde contigo.

Suena el teléfono móvil que descansa al lado de la comida.

—¿Qué pasó?, —pregunta el hombre.

—Todo perfecto, —escucha Tiziano—. Ya puedes hacerlo cuando quieras.

—Cambio de planes. Te llamo en un par de horas.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué?

Tiziano corta la llamada y no sabe cómo ocultar sus nervios, entonces, bruscamente, acaba su copa de vodka que está sobre la mesita de centro. Jonathan le mira.

—¿Qué te pasa? ¿Problemas?

—Sí. Pero nada que no tenga solución.

—¿Por qué le cortaste así el teléfono?

—No es nada. Mañana lo soluciono. Nada para preocuparse.

—Sí que eres raro. Todos los ricos son raros.

—No deberías de generalizar.

•

A pesar de que el día sea gris y no invite para estar en los espacios exteriores, Christian es una excepción y rompe esa regla.

Con los codos apoyados sobre el alfeizar de la ventana de su dormitorio, con la vista perdida en el horizonte, habla por teléfono móvil.

—¡Claro que sí!

—¿De verdad?, —le dice una voz muy conocida.

—¡Claro que sí! ¿Te cabe alguna duda?

—No. Yo nunca dije eso.

—Nunca podría olvidarme de ti. Dime, ¿cómo estás tú realmente?

—Bueno, —le revela el Ñato—, es un poco complicado... Dentro de lo que cabe estoy bien, pero... Pero ya sabes cómo está esto, ¿no? ¡Una puta mierda!

—América Latina no cambia más. Eso lo tengo más claro que el agua. Es un caso perdido y no se puede luchar continuamente contra la corriente.

—¡Uf, Chris! A pesar de que amo a mi puto país, me cansé de lucharla aquí. Ya no aguanto más. Te juro que ya no aguanto más. Y no es vida tener que remarla sólo contra corriente. No, te juro que esto no es vida.

—Entonces, ¿tienes ganas de venirte de verdad?

—Creo que es lo mejor. Como te acabo de decir, ya estoy cansado de esto...

—Te entiendo...

—Ya sabes lo que te voy a pedir, ¿no?

—Sí. Y no te preocupes porque haré lo que sea para que entres.

—Debí haberme ido con ustedes...

—De nada sirve lamentarte ahora, Ñato. No, no vale la pena que pienses así. Mira, ¿tú tienes visado para Los Estados Unidos?

—No. Nada. Lo único que tengo es el pasaporte...

—Tranquilo. ¿Cuándo te gustaría venirte?

—Cuanto antes. Urgente si fuera posible, pero ya sabes... Pasta no tengo. A lo sumo puedo juntar para el pasaje, pero sé que tienes que llevar de más, ¿no?

—Ñato, hagamos lo siguiente: yo voy a averiguar un par de cosas, te envío dinero y te vienes al piso que alquilamos con Celina aquí.

—¿De verdad?

—¡Claro, Ñato! ¡Claro que sí!

—¡Ay, Chris, Chris! ¡No te haces idea por las que he pasado...! Hace un año que me corrieron del restorán y mis ahorros se esfumaron como si fuesen un puñado de agua en una mano abierta.

—No te preocupes por el dinero porque nuestra situación mejoró, por suerte. Siempre que llovió, paró, ¿no? Además, tú fuiste el que nos enseñó que hay que luchar aunque sea contra la corriente.

—Yo sabía que ustedes eran buena gente, sí. Sí. Yo sabía que ustedes no cambiarían. Lo sabía, Chris. Te juro que lo sabía.

—Ñato, una mano lava la otra... y las dos lavan la cara.

—Se me hace familiar esa frase.

—Me la enseñó un gran amigo. Es argentino, ¿le conoces?

—Ay, Chris. No te haces idea de lo mal y solo que me sentí cuando se fueron. ¡No te haces idea de lo acertada que fue la decisión de irse!

—Ñato. No te hagas la cabeza porque no ganas nada con eso.

—Es verdad.

El argentino suspira.

—No te haces idea de las ganas que tengo de darles un abrazo a la flaquita y a ti. Y a tu pibe, claro.

—Ya queda menos.

•

Aunque a la noche refresca, la gente opta por los espacios exteriores como principal opción, a menos que se trate de las zonas más desfavorecidas de la capital.

Frente al cementerio del Norte, por la calle Bulevar Aparicio Saravia, el silencio se impone riguroso como si los sonidos estuviesen penalizados.

No obstante, hay gente que esto le trae sin cuidado, y les gustan las franjas peligrosas y los lugares donde la impunidad es la regla.

Tiziano inmoviliza su vehículo y echa un concienzudo vistazo por los alrededores con todas las luces apagadas y la respiración calma.

De pronto, una joven que carece de estilo y los recursos que posee son muy limitados, se acerca y exhibe su mejor sonrisa.

Resaltan los dientes blancos con su piel oscura. Tiziano, al verla, desvía la vista de su pecho oculto por la tela y los ojos vivos e inquietos.

Él asiente brevemente, ella da la vuelta y se ubica en el asiento del copiloto mientras le mira de perfil. El hombre pone toda su atención en ella.

—Nuevo por el barrio, ¿no?, —pregunta ella.

—Sí.

—Ajá. Y, ¿qué estás buscando?

—Bueno, no hace mucho que llegué a este país...

No conozco muchas cosas... Tú podrías ayudarme, ¿no?

—O sea, extranjero.

—Bueno, casi...

—Ajá. Nunca estuve con un extranjero. Dime, ¿tienes algún capricho especial en la cama?

—Creo que estamos hablando demasiado. Vamos a los hechos.

—Ajá. Y, ¿qué quieres?

Tiziano acelera el automóvil.

—Dime, ¿te gusta hacerlo por detrás?

—¿Cuánto hay?

—Por el dinero no te preocupes.

—Ya me llevé varios chascos por la pasta... No quiero llevarme otro.

—De verdad, por el dinero no hay problemas. ¿Qué quieres? ¿Pesos uruguayos, dólares o euros?

—Yo quiero dólares.

—Vale.

—¿Y me vas a dejar penetrarte por detrás?

Él la mira de reojo y ella se observa en el espejo que está frente a su asiento.

•

Minutos posteriores, en el salón del *pent-house* de La Cima, Tiziano mira hacia el suelo en el instante en el que sostiene una jeringa.

La chica que recogió frente al cementerio del Norte clava firme sus ojos en él. Él, manso, se le acerca y le comienza a sacar sangre de un brazo.

—¿Te duele?

—No. Qué va.

—Mejor así.

—Eres muy bonita. Tus padres deben de ser muy guapos, ¿no?

—Qué va.

—¿Por qué dices eso?

—¿Aquí vinimos a lo que vinimos o a qué?

—Bueno, yo te lo preguntaba para saber un poco más de ti, para que no sea tan violento.

—Ajá.

Él permanece atento a extraerle sangre y a no perderse ningún detalle de su actitud.

—Bueno, a mí padre nunca le conocí y mamá murió hace un tiempo en un tiroteo. No tengo a nada ni a nadie en esta puta vida.

Tiziano le quita la aguja con cuidado.

—Me sorprende que una chica tan guapa como tú esté sola en el mundo.

—Va, tengo un novio que, cuando tiene ganas, se descarga conmigo...

—Vaya.

—Así son todos los hombres.

—No deberías de generalizar.

—Digo lo que sé.

Él traga saliva.

—Voy a preparar los tragos. No tardo.

—Tengo hambre. Podrías ir trayéndome algo para picar, ¿no?

—Vale.

Ella queda observando los detalles del salón como si se tratase de una gran obra prohibida que, en más de un momento, la hace fruncir el ceño.

Finalmente, se para y mira a través del ventanal la ciudad iluminada artificialmente. Desvía la vista por distintos puntos y menea la cabeza.

Regresa Tiziano con un vaso en cada mano, aunque ella, al estar tan enfrascada en sus cavilaciones, no se da cuenta de su presencia.

No obstante, él la queda observando de pie a cabeza hasta que se acerca más a su lado y le alcanza una de las bebidas.

La joven queda mirando un instante el vaso hasta que lo agarra y lo acerca a los labios. Él contiene la respiración aunque trata de no mirarla fijamente.

—Salud, —dice Tiziano mientras levanta la copa.

Ella afirma tenue y bebe.

—¿Cuánto te valió este depto?

—No sólo el dinero es importante en la vida.

—Todos los ricos dicen lo mismo. Como se nota que nunca pasaste hambre.

Él hace una mueca.

—Seguro que fue un fangote de pasta al cubo.

Él vuelve a beber.

—Y, ¿por qué trabajas en esto?

—Porque no quiero morirme de hambre. Es lo más lógico del mundo, ¿no? No creo que a muchas pibas de mi edad les guste trabajar de puta.

—No sé qué decirte.

—¿Sabes lo que significa vivir en el 40 Semanas o en el Borro?

Ella espera su reacción y él se mantiene impasible.

—¡Pues no! ¡Qué mierda vas a saber tú lo que es vivir ahí! Es mejor estar en la cárcel que en un barrio de esos. Nosotros somos la vergüenza del país.

Nadie se atreve a pisar ahí... ¿Quién me va a dar trabajo a mí? Te piensas que no lo intenté de mil maneras. Este país es una puta mierda.

Sólo por decir que vivo en la avenida Gustavo Volpe no me dan trabajo. A todos nos ponen en la misma bolsa. ¡Es una vergüenza este país!

Ella sonrío de forma cínica.

—No sabía nada de esto que me estás contando.

—Ningún rico lo sabe ni lo quiere saber. Esto es así. Esto siempre fue así. Son las reglas del juego y va a seguir siendo así.

No es mi culpa haber nacido en ese lugar. Pero... Pero, la verdad, ¡es que me da bronca! ¡Me da bronca la gran injusticia que hay en este puto país!

—Me gustaría ayudarte de alguna manera.

—No sé si me estás vacilando o qué, pero no me gusta que la gente juegue conmigo.

—No te lo tomes a mal porque nunca te quise ofender.

—No sé. Hoy en día hay que desconfiar hasta de la sombra de uno mismo.

—Calma. Sólo quiero que pasemos un buen rato.

—Ajá.

•

La capital también ofrece otra cara de la moneda y la noche primaveral es recibida por sus residentes con chaquetas finas y camisas mangas largas.

Daniela y David caminan por la calle Solís mansos, ajenos al ajetreo que les rodea como si no fuesen parte de esa masa humana que ocupa los espacios exteriores.

—No sé, Dani. Es raro lo que te dijo.

—Me dijo eso, sí. Es raro. El Vampiro siempre está dispuesto para hacer algún negocio, pero hoy le escuché raro.

—Quizás también se prostituye. Hoy en día, la juventud, se atreve a cualquier cosa.

—Sí. Pero, no sé... Algo raro había en él...

—Tampoco le conoces tanto como para asegurarlo...

—Quizás me estoy sugestionando.

Daniela se estanca y echa una mirada por la redonda.

—¿Vamos a entrar a algún lado?, —pregunta ella.

—Ya que vinimos hasta aquí, sí.

—A ver... Esto yo me lo sabía de memoria pero, ¡cómo cambió esta zona! ¡No te imaginas lo que era esto hace un par de años!

—¿Cambió para bien o para mal?

—Bueno, yo creo que para bien, aunque a mí me gustaba más como estaba antes.

—Dani, hace muchos años que no venías por aquí, ¿no?

—Sí, la verdad que sí.

Ella resopla.

—No lo puedo creer. Me parece que fue ayer cuando tenía quince años.

Cada uno sigue caminando sin mirar el camino, por lo que, en la esquina con la calle Piedras, ambos chocan, literalmente, con Jonathan, que los mira.

—¡Vampiro!, —se apresura a decirle Daniela.

Él, extrañado, se paraliza.

—¡Qué sorpresa!, —agrega ella—. ¿No estabas ocupado...?

—Ah, la de la cabaña. Dani.

—Sí, la misma.

—¡Uf! Bueno...

Él pasea la vista por los lados.

—Bueno, es un poco loca mi vida a veces.

—¿Y?

—Bueno, sí, estaba ocupado. Pero el tipo tuvo una complicación y me desocupé antes. Pensé que no estarías en Montevideo, por eso no te llamé.

—Bueno, al final, salimos un rato...

—Ajá.

—¿Tienes algo aquí, no?

—Sí, pero no mucho.

Daniela enarca las cejas.

—Ya que estás aquí, no te voy a dejar en banda...

Ella mira todo su alrededor, al igual que Jonathan, de la forma más discreta que pueden y corroboran que no hay peligro a la vista.

—Pónmela en el bolsillo.

Jonathan así lo hace y David le da la mano y, en gesto de saludo, le deja algunos billetes. El joven de inmediato se pone las manos en los bolsillos.

Daniela queda distraída por un instante y los hombres no le quitan los ojos de encima. Ella, cuando se da cuenta, hace una mueca.

—Dani, ¿qué te pasa?, —le pregunta David.

Ella rota la atención de uno al otro en el instante en el que se muerde el labio inferior.

—Vampiro. ¿Quién te provee la mercancía?

—Eso no te lo puedo decir. Es mi curro.

—No, no, no. No quiero hacerte la competencia. No pienses mal. Es otra cosa.

—Ajá. Y, ¿qué es?

—Bueno, Emmm... Mira, necesito saber el nombre de un tipo que también anda en este mundo. ¿Me lo puedes averiguar?

—¿Cómo es ese tipo?

—Tiene los ojos claros, celestes o azules. Su mirada es fría, muy fría. Casi gélida diría yo, como si estuviese programada. ¿Entiendes qué te quiero decir?

A Jonathan se le cruza la mirada de Tiziano, acompañada de su sonrisa que parece la de un cadáver y, al ocurrirle, le da un escalofrío.

Daniela ni David le apartan la vista. Finalmente, Jonathan, confuso gira la mirada de uno a la otra. El chico traga saliva y suspira.

—¿De dónde conoces a ese tipo?

Ella enarca las cejas.

—A decir verdad no le conozco. Sólo necesito saber su nombre completo. Por favor, es muy, pero muy importante para mí ese dato.

—¿Italiano?

Al preguntar esto, la pareja le mira y quedan con la boca abierta.

—¿Qué dijiste?

—¿Italiano? ¿Un tano?

—¿Cómo sabías eso?

Jonathan asiente brevemente.

—Creo que sé de quién se trata...

—¿En serio?

—Ajá. Pero no sé su nombre...

—¿Cómo es él?

—Es rubio, bastante pintón pero da miedo. Tiene los ojos claros como si te hipnotizara cuando te mira...

—Sí. El mismo. ¿De dónde le conoces?

—Negocios.

—Vale.

Ella entrecierra los ojos un momento y mira la lejanía.

—Hagamos un trato, ¿vale?

—¿Cuál?

—Cuando sepas más datos de él, avísame. Sobre todo cuando sepas su nombre completo, por favor. De verdad te lo digo, es muy, pero muy importante.

—Lo tendré en cuenta. Y, ¿cuál es el trato?

—Que si me averiguas datos de él, todo lo que sea posible sin que él se entere, te compenso mejor que con los porros.

—¿Segura?

—Claro.

—Vale.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—La discreción al mil por mil es imprescindible.
¿Me das tu palabra?

—En esto no se da la palabra sino que la pasta hace que todo fluya bien.

—Me queda claro. No te defraudaré.

—Eso espero.

—Tranquilo.

—Con la cara que estás poniendo no dudo de que sea importante. Pero, ¿qué pasó? ¿Mató a alguien?

—Es complicado de explicar...

—No soy ningún niñato ni chivato, o sea, que puedes contarme las cosas.

—Lo sé. Pero es necesario hacer las cosas bien y en orden.

—Ajá.

•

El viento azota la torre de la calle Bascones como si la estuviese castigando y los habitantes de ella están al margen guarecidos entre cementos y vidrios.

Celina, completamente vestida, permanece recostada en su cama mirando la ventana que es castigada por las inclemencias del tiempo.

Laura, sentada en el borde de la misma desvía la vista entre esa abertura y su cuñada que se muestra tan distante.

—Así es Laura, —revela—. Christian tiene miedo. Y es lógico que tema... Sea como sea estamos unidos y bueno... yo lo veo como un mal sueño y...

—Calma. Lo peor ya pasó.

—Sí, supongo que sí.

Laura suspira y vuelve a buscar el contacto visual con su cuñada.

—Ahora que ya estás bien, Celi, nosotros podremos casarnos tranquilos.

Celina sonríe y le busca la mirada.

—Bueno, la más sorprendida soy yo, Laura. A decir verdad, nunca creí que Chris, al final, se fuese a lanzar. Y más de la forma en la que te lo propuso.

Vuelve a sonreír mientras meneaba la cabeza.

—Él, muy romántico, ¡ni te pidió que seas su novia! Nada de eso. Fue directo al grano. No anduvo con vueltas. Matrimonio a la primera. Es de no creer esto.

—Valió la pena la espera.

—Ya veo que sí. No todo es tan malo en la vida...

—Calma. Ya verás como el tiempo te ayuda a cicatrizar eso...

Celina asiente levemente.

—Espero que sí.

La montevideana mira risueña a la madrileña.

—Bueno, yo quiero ser tía enseñada... O sea, pónganse las pilas porque Bruno ya está grande, con novia incluso, y yo ya no tengo a nadie para malenseñar.

—Eso no vale. Eso es trampa.

—Yo quiero ser tía de nuevo. Para eso son los sobrinos, ¿no? Una les malenseña un rato y después los devuelve a los padres. Es ley de vida y no hay porqué darle vueltas.

—No y no.

—Ya veremos.

Celina empieza a reír, como si se quitase un gran peso de encima.

—No es justo que los malenseñen porque después, quiénes les aguantan, son los padres. Yo no estoy de acuerdo con eso, Celi.

—Ve haciéndote a la idea, sobre todo ahora, porque va a tener una cantidad de tíos... A Agustín también le gustan los niños y no creo que se quede al margen si te quedas embarazada.

Celina vuelve a tener el rictus amargo que tanto la desfavorece y traga saliva.

—Cuando perdí la cordura...

—No hables de eso...

—Es necesario para enfrentar mejor la realidad.

Ella sacude la cabeza.

—Recuerdo que fueron tantas cosas que me golpearon en la cabeza que todo me zumbaba. Oía un ruido cansino constantemente...

—Oh, Dios.

—Yo no me di cuenta que estaba perdiendo la cordura... y así quedé aislada de la realidad y pasé a tener la mente en blanco. No me acuerdo qué pensaba.

—Joder.

—No me acuerdo de casi nada de esos días. Y... Y hubo un día que me acordé nítidamente de Chris cuando el Ñato, un amigo argentino, le enseñaba a conducir...

Laura abre la boca pero no dice nada.

—Después los flashes aparecieron, cada vez, más completos y seguidos. Y como yo quería asegurarme que no eran alucinaciones dejé de tomar las píldoras...

Cada vez que venía una enfermera yo me la ponía debajo de la lengua y luego la tiraba en el inodoro. Así estuve como un mes.

—Ah, ni se me hubiese ocurrido eso.

—Ajá. Cada vez mi mente se aclaraba más y ya no escuchaba el ruido constante que tanto me estaba atormentando día y noche.

La rioplatense suspira.

—Después me golpee la cabeza y...

Ella resopla mientras su cuñada mantiene sus emociones a raya.

—Y ahora sólo me estimula una cosa para seguir adelante. Nada más que una.

Cierra los ojos y Laura no deja de observarla.

—¿Qué es lo que piensas hacer ahora, Celi?

—Vengarme, —indica con un hilo de voz—.
Simplemente vengarme.

—No me gusta cómo suena eso.

—El sonido es lo de menos. ¿No te parece?

—No son buenas las venganzas.

—Laura, de un minuto para el otro... Sí... De un minuto para el otro perdí todo. Y eso sí que duele. Duele mucho. No te haces idea cuánto.

Queda asintiendo un instante, absorta en sus reflexiones.

—Si hay algún culpable, —dice entre dientes—, que pague. Y ese es el tal Caruzzo hijo de puta o... ¡Hijo de mil puta! Lo odio. No te haces idea de cuánto lo odio.

—Me imagino.

—También está la posibilidad de algún descendiente de ese miserable. Estoy dispuesta a hacer lo que sea, sí, lo que sea, con tal de vengarme. Y lo haré.

—Celi. No me gusta en lo que se puede convertir esto...

La uruguaya hace una mueca.

—Hay algo seguro en esta historia.

Se corta lo que quiere decir como si se lo pensase mejor.

—¿Qué?